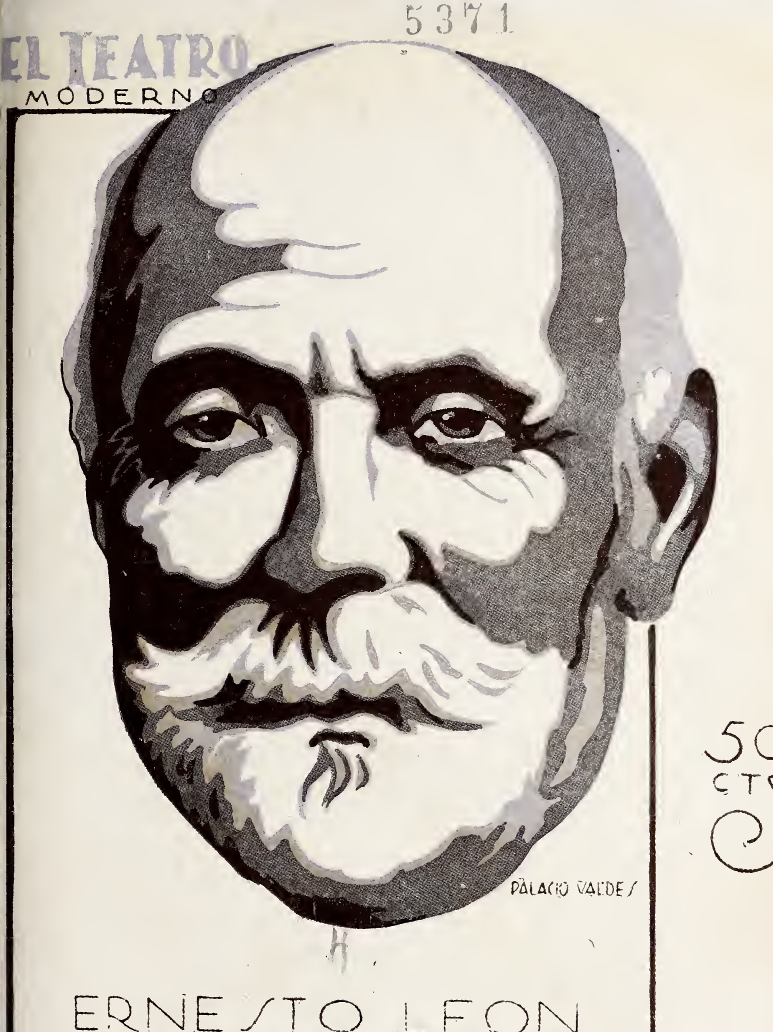
5371

EL TEATRO MODERNO



50 CTS

ERNESTO LEON

LA HERMANA SAN SULPICIO

Gago xxx



Armando Palacio Valdés

LA HERMANA SAN SULPICIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Escenificación de la novela, por
ERNESTO LEON

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, por la compañía de Margarita Robles, el día 2 de enero de 1930

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VI 25 I 1930 NÚM. 231

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gloria Bermúdez (Hermana San Sulpicio)...	Margarita Robles.
Isabel, condesa del Padul...	Blanca Alonso de los Ríos.
Paca la cigarrera...	María Santoncha.
Joaquinita...	Amparo Bustillo.
Pepita...	Araceli Sánchez Imaz.
La Madre Florentina...	Juana Manso.
Doña Tula...	Araceli Sánchez Imaz.
Ramona...	Consuelo Muñoz.
La Hermana María de la Luz... ...	María Lola Argenti.
Elena...	Emilia Gil.
Carmela...	María Lola Argenti.
Una criada...	María Eguilez.
La Madre Saint Just...	Consuelo Muñoz.
La Hermana San Onofre...	María Eguilez.
La Hermana María del Socorro... ...	María Lola Argenti.
La Hermana lega...	Emilia Gil.
Ceferino Sanjurjo...	Antonio Martiáñez.
Daniel Suárez...	Gonzalo Delgrás.
El comandante Villa...	José García Luengo.
Don Jenaro, conde del Padul... ...	Ramiro de la Mata.
Don Oscar...	Manuel Nogales.
Rafael...	José Sepúlveda.
Don Acisclo...	Francisco Calvera.
El señor Paco...	José Santibáñez.
Don Justo...	Manuel Rodríguez.
Olóriz...	José Jiménez.
El sereno...	Rogelio Delgrás.
Don Alfonso...	José Sepúlveda.
Don Manuel...	Manuel Rodríguez.
Un guardia...	Rogelio Delgrás.
Otro guardia...	Luis Guzmán.

Un caballero y varios curiosos.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EN LAS AGUAS DE MARMOLEJO

Un trozo de campiña en los alrededores de Marmolejo. Al fondo, el Guadalquivir y Sierra Morena. En el centro de la escena, hacia el foro, una fuente con pilón. En los laterales, dos bancos rústicos. Sentado en uno de ellos, Ceferino Sanjurjo.

(El señor Paco, el fondista, sale por la izquierda. Ceferino es joven y simpático. El señor Paco, hombre de cincuenta años.)

PACO. Buenos días, 'on Ceferino.

CEFE. *(Secamente.)* Buenos.

PACO. ¿Ha tomado usted ya las aguas?

CEFE. Ya.

PACO. ¿Qué tal se ha descansao hoy?

CEFE. Supondrá usted que no muy bien; a nadie le es grata gente extraña en la alcoba.

PACO. Don Ceferino de mi arma, bastante que me ha doiío a mí tené que abusá de la bondá de usté, pero está la casa llena.

CEFE. Pues bien podía usted fijarse en otro, que siempre es molesta esa clase de compañías, y el señor Suárez seguramente más que otro.

PACO. No se preocupe usté, me parese que las monjitas se van pronto y volverá usté a estar a su gusto.

CEFE. Es posible que para entonces pueda usted disponer también de mi habitación. *(Por la izquierda aparecen la hermana San Sulpicio, la madre Florentina y la hermana María de la Luz. Visten hábito de estameña negra, ceñido a la cintura por un cordón, del cual pende un*

gran crucifijo de bronce; la cabeza, tocada con gran papalina blanca almidonada. La hermana San Sulpicio es mujer de diez y ocho a veinte años, de graciosa belleza; habla con marcado acento sevillano. La hermana María de la Luz, más joven acaso, por la pureza y corrección de sus facciones y por su serena hermosura, parece una imagen de la Virgen. Contrasta su serenidad mística con la inquietud bulliciosa de la hermana San Sulpicio. La madre Florentina, Superiora del Colegio del Corazón de María, en Sevilla, es una anciana, muy gruesa, de carácter bonachón y confiado.)

FLOR. Buenos días nos dé Dios. (*Los dos hombres se levantan y van al encuentro de las monjas. Ceferino besa el crucifijo de la Superiora y de la hermana María de la Luz. Va a besar también el de la hermana San Sulpicio, pero la sonrisa burlona que ilumina su rostro, le deja un poco cortado.*)

PACO. Buenos días, hermanas. ¿A tomar el agua?

FLOR. A tomarla, sí, señor.

CEFE. ¿Cómo ha pasado usted la noche, madre? (*La hermana San Sulpicio ríe disimuladamente.*)

FLOR. ¡Ay!... Mal, muy mal... Tengo aquí (*Señalando el vientre.*) una bola fría que me mata... Luego, el corazón... el corazón tampoco quiere ser bueno. Me da unos saltos...

CEFE. ¿Y aquella molestia de los riñones?

FLOR. ¡Ay!, cada día peor. En fin, vamos al manantial, a ver si estas benditas aguas me alivian un poco. (*A Ceferino.*) ¿A usted le han probado?...

CEFE. A las mil maravillas.

FLOR. Haga el cielo que a mí me suceda lo mismo. Queden con Dios.

CEFE. Que El las acompañe. (*Las monjas hacen mutis por la derecha.*)

PACO. Es linda la monjita, ¿verdad?

CEFE. (*Con fingida indiferencia.*) ¡Psch!... no es fea. Los ojos son muy buenos.

PACO. Y qué colores tan hermosos, ¿eh?...

CEFE. El color no me parece muy allá. Pero ¿de quién me habla usted?

PACO. De la hermana María de la Luz, de la pequeña.

CEFE. Ah, sí; es muy bonita. (*Pausa.*) ¿Y son Hermanas de la Caridad?

PACO. No, señor. Tienen un colegio, allá, en Sevilla. La más vieja es la Superiora.

CEFE. Eso ya lo sé.

PACO. Es valenciana. Las dos jóvenes son sevillanas y creo que primas carnales. Esta Congregación del Corazón de María está destinada a la enseñanza de niñas y niños y tiene un convento en Sevilla.

CEFE. ¿En Sevilla?... Pues ¿no es francesa la Congregación?

PACO. Sí, señor; pero tiene varios colegios, lo mismo en España que en Francia.

CEFE. Y estas monjitas tan jóvenes, ¿son ya profesas?

PACO. Algunas, sí; los votos que hacen las hermanas duran cuatro años, al cabo de los cuales se renuevan. A la tercera vez, según tengo entendido, es preciso hacerlos perpetuos o salirse de la Congregación.

CEFE. Ya. (*Por la izquierda sale Daniel Suárez, tipo moreno, de mirar firme y avieso, que, desde luego, le hace antipático. Viste con elegancia achulada, habla con marcado acento malagueño y tiene el hábito, al hacerlo, de lanzar, de cuando en cuando, entre las frases un chorrito de saliva por un colmillo.*)

DAN. Bueno díaz amigoz.

CEFE. Buenos días.

PACO. Muy buenos, señor Suárez.

DAN. (*A Ceferino.*) ¡Hola, compañero!... Compadre y qué mal dormir tiene uzté; principia uzté a pegar zartos en la cama y a zoñar fuerte y no hay un Dió que pegue un ojo a zu lao.

CEFE. Ya le dije que fué bien a mi pesar que nos pu-

sieran juntos. No tenía ninguna gana de compañía.

DAN. ¡Pue qué había uzté de tener!... ¿Quién tiene gana de que le introduzcan una cuña? (*Lanza su consabido chorrito.*)

CEFE. El otro día cuando me vino aquí, nuestro fondista, con la embajada de meter la cama de usted en mi cuarto, estuve a punto de irme a otra fonda.

PACO. Eso no, don Ceferino; ¿qué otras quejas puede tener? Hubiera usted hecho muy mal.

DAN. Diga uzté que hubiera uzté hecho muy bien. Zi uzté ze incomoda lo deja en paz y hubiera ido recorriendo todos los huéspedes hasta dar con el tonto que necesitaba. (*Chorrito.*)

CEFE. ¡Bueno!...

PACO. Este señor Suárez... Siempre con sus bromas...

DAN. ¡Siempre!... Y hablando de otra cosa, amigo, ¿qué tal la monjita?

CEFE. ¿Qué monjita?

DAN. ¿Pues cuál ha de ser? Esa de loz ojoz negros que le trae a uzté dizlocao.

CEFE. (*Vivamente.*) ¿Que me trae a mí dislocao? Vamos, usted está loco. Yo conozco a esas monjitas desde hace ocho o diez días; he sido llamado por la madre superiora cuando supo que, aunque sin doctorarme, tengo acabada la carrera de medicina; después las he acompañado alguna vez, por cortesía... Nada más. Ni yo estoy dislocado por nadie, y mucho menos por una monja, lo cual sería un absurdo, ni he reparado si tiene los ojos negros o azules... ¡ni tiene sentido común semejante idea!...

DAN. (*Muy calmoso.*) ¡No se sofoque uzté, hombre!... Déjelo uzté correr, que ya parará. Me han dicho por ahí que le guzta a uzté esa morena. ¿No le guzta a uzté? Pues, corriente. A mí, zí.

CEFE. Me es igual.

DAN. Conque, igual, ¿eh? Vaya, compadre, ¡basta

de guaza! (*Confidencial.*) ¿Le ha pedido uzté ya la converzación?

CEFE. Le ruego que no insista.

DAN. Bueno está, amigo. No insistiré. (*Pausa.*) ¡Lástima que eza niña se haya metido monja!... Yo conozco a su familia. Es hija de un comerciante de la calle de Francos, que ha dejado lo menos dos millones.

CEFE. (*Vendiéndose.*) ¿Ah, sí?...

DAN. ¡Hola, parece que nos impreziona!...

CEFE. ¡Y dale!

DAN. La viuda dicen que vive con un zeñor... ¿zabuzté?... un zeñor. Y hay quien dice también que a la niña la han metido los dos medio a rastras en el convento.

CEFE. Bueno; y a mí, ¿por qué me cuenta usted todo eso que no me importa?

DAN. Bueno está, amigo. (*Mirando hacia la izquierda.*) Miren ustedes; allá van unas muchachas de Málaga, que zon canela fina. ¿Vamos a pazear con ellas?

CEFE. Vayan ustedes; yo me quedo.

DAN. Vamos, hombre, no haga uzté más el ozo; que no le va a reñir por ezo la monjita.

CEFE. (*Vivamente.*) ¡Vamos donde usted quiera!

DAN. (*Iniciando el mutis con Ceferino y Paco, el fondista.*) ¡Pues claro! Zon muy buenos partidos las niñas.

PACO. Y que usted en esos asuntos está siempre bien documentado.

DAN. El padre es comerciante en tejidos. Tiene unos cien mil pezos... A cada niña la dota en veinte mil... (*Hacen mutis. Por la derecha salen las hermanas San Sulpicio, Florentina y María de la Luz.*)

S. SUL. Eso no es más que aprensión, madre; toita su enfermedá no es más que eso.

FLOR. ¡Sí, sí; aprensión!... ¡Ojalá!... Estoy muy mala. Tengo unos insomnios...

S. SUL. Preocupación todo ello. ¿No te parece a ti lo mismo? (*A María de la Luz, que no contesta.*)

Vamos, habla de una vez; si ahora no hay gente extraña. ¡Jesús, qué criatura!... ¡No hay quien le saque una palabra der buche! ¿Por qué no te metes cartuja, hija?

M. LUZ. No hablando a nadie ofendo, ni peco a sabiendas.

S. SUL. Pero pierde cuidado, mujer, que por hablar tampoco vas a perder tu sillita allá en er 'sielo.

FLOR. Déjela, hermana. Cada una es como Dios la hizo. Nos sentaremos. (*Y lo hace, así como la hermana María de la Luz, en el banco de la derecha.*) ¡Ay!...

S. SUL. ¿Qué le pasa, madre?...

FLOR. Los riñones, los pícaros riñones... (*Pausa.*) ¡Qué raro que no esté con nosotras don Ceferino!...

S. SUL. Sí. (*Con ligera sonrisa.*)

FLOR. ¡Qué simpático es!... ¡Y qué amable!... ¡Se toma un interés por mí!...

S. SUL. Mucho. (*Pausa.*) ¡Qué hermosura de mañana!... ¡Lo que se gosa respirando así, en pleno campo!...

CEFE. (*Por la izquierda, muy sonriente.*) Ya me tienen a su devoción, hermanas. ¿Qué tal le ha sentado el agua, madre?

FLOR. ¡Psch!... No me ha sentado mal. La bola fría se me ha calentado un poco. ¿Cree usted que la arrojaré algún día?

CEFE. Esa bola no es más que una sensación nerviosa; no tiene realidad.

FLOR. ¡Cuánto me tranquiliza oírle!... ¿Piensa usted estar muchos días entre nosotros?... Temo el momento de que usted se vaya, porque el médico de las aguas no me inspira la confianza que usted... Por lo menos, no me escucha con tanta paciencia. Dios se lo premie.

CEFE. ¡Por Dios, madre!... Nada merece mi interés. Por lo demás, es posible que nos vayamos a un tiempo.

FLOR. ¿Dónde piensa usted ir?...

CEFE. Aún no lo he decidido. Es posible que vuelva

a Madrid... Acaso vaya a pasar una temporadita a mi pueblo.

FLOR. ¿De dónde es usted?

CEFE. De Bollo.

S. SUL. ¿De dónde?

CEFE. De Bollo.

S. SUL. ¿Y eso qué es?

CEFE. Un pueblecito del partido judicial de Viana del Bollo, en la provincia de Orense. (*Gloria se echa a reír.*) ¿Qué? ¿Le hace gracia el nombre de mi pueblo?

S. SUL. Pues... sí, señor; dispénseme usté, pero me hase muchísima grasia... De Bollo... partido de Viana der Bollo... ¡Josú!...

FLOR. ¡Hermana!... ¡Hermana!...

S. SUL. No creí que era usté gallego.

CEFE. ¿Pues?

S. SUL. No se le conose a usté en nada.

FLOR. ¿Y en qué se le iba a conocer?

S. SUL. Pues... en lo que les conose todo el mundo. Está a la vista.

CEFE. (*Riendo.*) ¡Ah, vamos! Usted se figuraba que todos los gallegos eran mozos de cuerda. (*Gloria se echa a reír nuevamente.*)

FLOR. Reprímase, hermana, reprímase...

S. SUL. Lo procuraré, madre. (*Mirando hacia la derecha.*) ¡Mire usted, por la Virgen, esa criatura!... ¡Mire usted, madre, lo que está hasiendo!... (*Hace mutis y saca de la mano a Perico, niño de seis o siete años, materialmente rebozado en polvo, de pies a cabeza.*) ¡Hola, compadre! ¿Le sabe a usté dulse el polvo?... ¿A que es más dulse este caramelo? (*El chico, asustado, comienza a hacer pucheros.*) Tontísimo, ¿lloras porque te doy golosinas?... ¿Qué hases, entonces, cuando te asotan?... (*Perico deja de hacer pucheros y saborea el caramelo.*) Está bueno, ¿verdad?... ¡Señores, miren qué cara!... ¿No dan ganas de comérselo?... (*Le besa con gran efusión, pero pronto se indigna de verlo tan sucio.*) ¡Susio!... ¡Go-

rrino!... ¡Ven, que aquí mismo te voy a fregar bien esos hosicos!... (*Llevándole a la fuente.*)

CEFE. ¡Cuidado, hermana, no se vaya usted a caer!

S. SUL. No tenga usté cuidao.

CEFE. Es que aquí se resbala uno fácilmente. Yo le daré el pañuelo mojado. (*Y, al hacerlo, apoya un pie en el pilón, resbala, y lo introduce en el agua.*) ¡¡Caray!!

S. SUL. ¡Ja, ja, ja!...

FLOR. ¡Hermana San Sulpicio!... ¿No sabe que es un pecado reírse de los disgustos del prójimo?... Sea más prudente. ¿Por qué no imita a la hermana María de la Luz? (*La aludida, desde que se sentó en el banco, comenzó a hacer labor de calceta. Cuando se la nombra, enrojece.*)

S. SUL. (*Mientras limpia al chico y haciendo grandes esfuerzos por contener la risa.*) No puedo, madre, no puedo, ¡perdóneme!...

CEFE. (*Riendo, aunque se encuentra en ridículo.*) ¡Déjela usted reír!... La cosa tiene más de cómica que de seria.

FLOR. ¿Se ha mojado usted?

CEFE. Sí, un poco.

FLOR. Pues es necesario que se mude. La humedad en los pies es malísima.

CEFE. ¡Psch!... Hasta la noche no me mudaré. Estoy acostumbrado a andar todo el día chapoteando agua.

S. SUL. (*Al chico.*) Y la culpa de todo la tienes tú, que no tienes vergüenza, ni quien te la preste. ¿Ves?... ¡Ya eres otro! (*A Ceferino, que pretende aún ayudarla.*) No se moleste usted, don Ceferino, no se vaya a mojar el otro pie.

CEFE. Je...

S. SUL. (*Al chico.*) ¿Cómo te llamas?

PERI. Perico.

S. SUL. ¿Vives aquí serca? (*Perico asiente con la cabeza.*) ¿Dónde está tu casa?

PERI. (*Señalando por la derecha.*) Allí.

S. SUL. ¿Quién es tu madre? ¿Aquella que está a la puerta? (*El chico asiente.*) Pues llévame, anda. Verás qué contenta se pone de verte tan limpio.

CEFE. ¿Quiere que la acompañe?

S. SUL. No hace falta, grasias. (*Haciendo mutis corriendo con el chico.*) ¡Corre, Perico, que te pega este señor!

FLOR. ¡Qué hermana ésta!... ¡Siempre la misma!

M. LUZ. Siempre, madre superiora.

CEFE. ¡Qué carácter tan alegre tiene!... No es frecuente en las religiosas, ¿verdad, madre?

FLOR. No, por fortuna, porque parecería el convento una jaula de pájaros. La hermana San Sulpicio ha sido siempre una criatura traviesa y rebelde. ¡Lo que me ha dado que hacer cuando era educanda!... ¡Jesús, que chica!... En cambio su prima María de la Luz, como la ve ahora, está siempre, ¡tan quietecita, tan suave..., tan modesta...! (*María de la Luz está tan avergonzada que quisiera desaparecer.*)

CEFE. Sí... sí...; y la otra, nada de eso, ¿verdad?

FLOR. ¿La otra? ¡Madre del Amparo, qué torbellino!... Bastaba ella sola para revolver, no una clase, sino todo el colegio. Cuando no pellizcaba a las compañeras, las escribía cartitas amorosas, poniendo la firma de un hombre. ¡Hasta en los deberes religiosos se conoce que a esta criatura le ha faltado siempre algún tornillo! Generalmente ha sido un poco descuidada en el cumplimiento de ellos, pero a temporadas de dos o tres meses se le encendía de tal modo el corazón en amor de Dios, que no había nadie en el colegio que la pudiera seguir en sus oraciones y penitencias. Pero a lo mejor cambia el viento y vuelve a ser la misma chica alegre y bulliciosa de siempre.

CEFE. Al hacer perpetuos sus votos—digo, si no los ha hecho ya—, seguramente se serenará su carácter.

FLOR. No, no los ha hecho. El mes entrante necesita renovarlos... y... ¡qué sé yo! En el colegio no tenemos la seguridad de que lo haga.

S. SUL. (*Por la derecha, muy sofocada y risueña.*) ¡Más contento se ha puesto el chiquillo con los caramelos y el escapulario que le he dado!...

FLOR. Pero ¿cómo viene tan sofocada, hermana?

S. SUL. ¿Vuestra reverencia sabe lo que he corrido con el dichoso chiquillo?... ¡Ay, estoy rendida!... (*Se sienta en el banco de la izquierda.*)

CEFE. Le gustan a usted mucho los niños, ¿verdad?, hermana?

S. SUL. Muchísimo. Uno de los goses mayores que encuentro en esta vida del colegio, consiste en vivir con tanta chiquillería...

CEFE. Y que a los niños les será usted muy simpática...

S. SUL. ¿Por qué?

CEFE. Como tiene usted un carácter tan alegre...

S. SUL. Eso sí, grasias a Dios; muy de mi tierra.

CEFE. ¿Sevilla?

S. SUL. Sevilla.

CEFE. ¿Y le gusta mucho su tierra?

S. SUL. Muchísimo. Usté la conoserá, ¿verdad?

S. SUL. No; no he estado nunca.

S. SUL. ¡Qué lástima! Yo compadesco a todos los que no viven en Sevilla. Dos años estuve yo en Vergara, donde la Congregación tiene colegio, y en los dos años no hise más que suspirar por mi patria.

CEFE. Sí, ofrece gran contraste su carácter alegre con la severidad de la vida monástica.

S. SUL. ¡No lo sabe usted bien!

CEFE. ¿Y piensa usted renovar sus votos, hermana?

S. SUL. ¿Y a usted qué le importa? (*Vivamente.*)

CEFE. (*Muy turbado.*) ¿A mí? Nada... ¡Digo, sí!, mucho, porque todo lo que se refiera a usted... ¡claro!, me interesa... ¡claro!

S. SUL. ¡Oscuro!, digo yo. ¡Oscuro!... ¿Por qué le ha de interesar a usted que una religiosa renueve sus votos?

CEFE. (*Más azorado aún.*) Porque a mí me complacería que usted los renovase... ¡Vamos, que usted los renovase... con gusto!, ¡No es decir que lo haga usted sin gusto! ¡Vamos!..., pero yo creo que cuando se hace un voto como ése, con vocación... bien está, puede pasar... Pero cuando se hace sin ella, debe ser una gran desgracia... porque... es muy serio! Caramba!... ¡Es muy serio!...

S. SUL. (*Riendo francamente.*) Pues a mí me hase muchísima grasia.

CEFE. ¿El qué?

S. SUL. Ver lo colorado que se ha puesto usted. (*Sigue riendo.*)

CEFE. ¡je, je!... (*Pausa.*) Tiene usted un carácter abierto y campechano que la hace muy simpática.

S. SUL. Mire que las religiosas no podemos escuchar requiebros; ya se lo he dicho muchas veses.

CEFE. Esto no son requiebros; yo no he dicho nada de su figura ni de su cara.

S. SUL. Pero lisonjea usted mi carácter, que es lo mismo. (*Pausa. La hermana María de la Luz mira a hurtadillas, con disgusto, la plática de Gloria y Ceferino y lamenta el sueño de la superiora.*)

CEFE. Hermana.

S. SUL. Diga usted, hermano. (*Con una chispa de burla.*)

CEFE. ¿Cuál es la verdadera gracia de usted?

S. SUL. ¡Jesús! ¿La verdadera? Pues ¿tengo alguna falsa?...

CEFE. Nada de eso. Toda la que usted tiene, y tiene usted mucha, es legítima, de pura raza andaluza.

S. SUL. ¡Vaya, vaya! Ya se ha callado usted, si no quiere que me levante y despierte a la madre, que se ha quedado cuajaíta sobre la vida de Santo Tomás.

CEFE. ¡No, por Dios!

S. SUL. Pues a callar.

CEFE. Bien, sí. (*Muy humilde.*) Pero... dígame cómo se llamaba antes de ser religiosa.

S. SUL. ¿Para qué quiere usted saberlo? De todos modos no puede llamarme por ese nombre, ni yo puedo responderle...

CEFE. No importa; lo guardaré en el fondo de mi pecho y allí lo tendré sin comunicárselo a nadie, como un recuerdo precioso de usted.

S. SUL. ¡Anda!, cualquiera diría que es usted gallego. Con esas palabritas gitanas más parese usted un gaditano.

CEFE. ¿Pero... el nombre?

S. SUL. No. No quiero que lo guarde usted en el pecho. ¿Quién sabe los que tendrá usted ahí almasenados? Y una religiosa tiene que mirar mucho la compañía.

CEFE. ¡Hermana!

S. SUL. (*Burlona.*) Diga usted, hermano.

CEFE. No quiere usted contestar a nada de lo que pregunto; ni si piensa usted renovar sus votos, ni cómo se llamaba en el mundo.

S. SUL. ¡Vaya, seré transigente! Le contestaré a una de las dos cosas. ¿Cuál le interesa a usted más, la primera o la segunda?

CEFE. (*Rápido.*) ¡La primera!

S. SUL. Pues voy a satisfaserle la curiosidad: no señor; no pienso renovarlos.

CEFE. (*Lleno de gozo, con viva ingenuidad.*) ¡Caramba, cuánto me alegro!

S. SUL. Puedo desirlo sin pecar, porque es firme mi propósito desde hase tiempo, y así se lo he dicho a mi confesor. ¿Quiere usted saber más, so fisgón?

CEFE. Sí... quisiera... (*La hermana María de la Luz, no sabemos si con intención o sin ella, deja caer rodando a alguna distancia un ovillo de lana. Ceferino, que se da cuenta, se levanta y va a entregárselo.*) Tome usted, hermana.

M. LUZ. Mil gracias. (*Ceferino vuelve a sentarse al lado de la hermana San Sulpicio, produciendo el desagrado de la hermana María de la Luz.*)

CEFE. Hermana, ¿cómo se llamaba usted?

S. SUL. ¡Y dale! ¡Jesús, qué terco!

CEFE. Es una curiosidad, infantil si usted quiere; pero yo soy así. ¿Cuál es su nombre?

S. SUL. Yo no he de desirlo; pero si me promete no llamarme nunca por él, le daré un resquisio para que lo adivine.

CEFE. ¡Caramba, eso está bien! Venga ese resquicio.

S. SUL. Usted resará por las noches al acostarse, ¿verdad?

CEFE. Todas.

S. SUL. Pues bien, todas las noches pronuncia usted mi nombre.

CEFE. ¿Sí? Vamos a ver... (*Rezando entre dientes.*) Dios te salve, María... ¿Se llama usted María? (*Observa la cara impávida de Gloria.*) No; no se llama usted María... Llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres... Entre... bendito es el fruto de tu vientre: Jesús... ¡Jesusa! (*El mismo juego.*) Tampoco es Jesusa... Santa María... Madre... ruega... ahora... de nuestra muerte... Amén. (*Pausa. La mira desconcertado.*) Gloria al Padre... (*La hermana San Sulpicio intenta en vano ocultar la risa.*) ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Se llama usted Gloria!...

S. SUL. Yo no he de decirlo.

CEFE. ¡Gloria! ¡Si tiene usted que llamarse así: Gloria!...

S. SUL. Bueno, basta; eso no es lo convenido. No me llame usted más así.

CEFE. ¿La enoja mucho?

S. SUL. Es que es un pecado.

CEFE. Pues bien, que Dios me perdone y usted también, pero si algo puede disculpar este pecado, debo decirla que cada día la voy considerando menos como religiosa y más como mujer. Sí, Gloria, mientras imaginaba que sus votos eran indisolubles, la miraba a usted como un ser ideal, pero desde el momento en que sé que pueden romperse, se me ha ofrecido un mundo lleno de esperanzas. Hay en sus palabras, en

sus actitudes todas, un atractivo que yo no he observado nunca en ninguna otra mujer. Si usted viese o leyera ahora mismo en mi interior... (*La hermana Maria de la Luz, tampoco sabemos si intencionadamente o no, empuja con una de las agujas de hacer media el libro que tiene en el regazo la madre Florentina, cuyo libro cae al suelo. Al ruido que produce despierta la monja.*)

S. SUL. ¡Calle usted!

M. LUZ ¡Ay, perdone, madre! Sin querer, con una de las agujas le tiré el libro... y la desperté.

FLOR. No se preocupe, hermana; si apenas me había dormido. Este pícaro insomnio... Por las noches no duermo. (*Ceferino está de pie desde el incidente del libro.*) Vaya, ya podemos ir, despacito, hacia la fonda. ¿Usted se queda, o viene con nosotras?

CEFE. Con mucho gusto las acompaño.

FLOR. Pues vamos allá.

DAN. (*Por la izquierda.*) Buenos días, hermanas... ¿Qué? ¿Nos vamos ya para la fonda? Está bien; nos iremos todos juntos.

FLOR. Como usted quiera; allá vamos, desde luego.

DAN. ¿Qué tal se ha pasado la noche, madre Florentina?

FLOR. Mal, muy mal, señor Suárez. Este pícaro reúma... ¿Qué cree usted que podría sentarme bien?

S. SUL. Ya ha tomado por su cuenta al malagueño la madre superiora.

CEFE. Así podré yo respirar, porque me trae loco.

S. SUL. ¡Quéjese usted de ella!

FLOR. Y para el insomnio, ¿qué cree usted que sería bueno?

DAN. Mire usted, madre. Yo de eso no entiendo. ¡Don Seferino! La madre superiora quiere haserle una consulta.

CEFE. Encantado. (*Se une a la superiora.*)

DAN. (*A la hermana San Sulpicio.*) Usted es sevillana, ¿verdad?

S. SUL. Sevillana soy. ¿Y usted?

DAN. Yo soy malagueño. (*Van andando.*)

FLOR. ¿Y qué le parece debo hacer para esto de los riñones?

CEFE. Andar, andar mucho... y deprisa, madre... de prisa... (*Hace mutis rápido por donde se fueron los otros, seguido de la madre.*)

CUADRO SEGUNDO

EL PATIO DE LAS DE ANGUITA

Uu patio andaluz, perfectamente vulgar, no muy grande ni confortable, pero que tiene, como todos, el encanto de las plantas y de las flores. Un toldo de lona está plegado en uno de los costados. De los arbustos penden algunas jaulas con pájaros. El suelo, de azulejos rojos y amarillos. El piano, en primer término, bajo los arcos. Pegados al muro, un sofá y varias sillas de damasco azul, muy usadas. Fuera de las columnas, varias mecedoras y sillas de rejilla. En las paredes, algunos cuadros de dudoso mérito.

Al levantarse el telón aparecen por la parte de fuera de la cancela Ceferino Sanjurjo y el comandante Villa; el comandante tira del cordón de la campanilla y a poco sale una doncella que les franquea la entrada.

VILLA. (*Haciéndole una caricia en la barbilla.*) Hola, preciosa. Di a tus señoritos que estamos aquí.

DONC. Se lo diré. Están terminando de senar. Mucho han madrugao ustedes.

VILLA. Pa ver tu cara bonita, salada. (*Vase la doncella.*) Siéntese usté, amigo Sanjurjo. Aquí ya sabe usté que se está como en la propia casa. Las de Anguita no gustan de cumplidos. El mayor atractivo de estas "soirées" de Cachupín, como ellas dicen, está en la libertad que aquí se goza.

CEFE. Son muy simpáticas. Y se pasa el rato muy entretenido.

VILLA. Sí, no se pasa mal. Admiten cualquier broma

sin enfadarse y no ocultan su afán por tener marido.

CEFE. Joaquinita, la menor, es muy simpática.

VILLA. Ya me lo dirá usté cuando la conozca más a fondo. Empalaga de dulce que es. Tiene un deseo furioso, frenético, de casarse. Ya verá el trabajo que le cuesta a usté verse libre de ella. En cambio, Ramona, la mayor, ha perdido ya la esperanza y se consuela de su soltería investigando en los libros de medicina de su señor papá. Está tan enterada del organismo humano como un médico; sobre todo... de ciertas funciones.

CEFE. La que no tiene atadero es la mediana: Pepita.

VILLA. Pues yo creo que es la mejor de las tres. En su locura entra un poco de farsa; o, lo que es igual, se hace más loca que lo que es realmente. (*Pausa.*) Y hablando de otra cosa, amigo Sanjurjo, le encuentro a usté muy melancólico. ¿Qué tal van esos amores? ¿Ha conseguido usté ya sacar del convento a la monjita?

CEFE. ¡Hombre!...

VILLA. Vamos, no se ruborice usté. ¿Qué tiene de particular que le haya dislocado una sevillana? Eso les pasa a todos los que llegan. Lo que tiene gracia es que se haya usté desidío a imitar a Don Juan Tenorio. ¡Una monja! ¡Eso sí que es sabroso, compadre! ¡Choque usté!... ¡Y vaya si tiene usté suerte, porque vamos, tropesar aquí mismo con que "la dama de mis pensamientos", Isabel (¡bendita sea su madre!), es prima de la monja y ella y su padre el conde del Padul se convierten en unos aliados de usté pa sacarla del convento... ¡es suerte, amigo!

CEFE. Ya lo creo. Sin su ayuda no hubiese conseguido nada. Vine a Sevilla detrás de Gloria, dispuesto a conquistarla, a librarla de las garras de su madre y ese bendito señor don Oscar que la tiene secuestrada en el convento—Dios sabe con qué intención—, y en los primeros

días no hice más que disparates. El mayor, sin duda, mi visita al capellán de las monjas.

VILLA. No me ha contao usté nada de eso.

CEFE. Es cierto. Creí, cándido de mí, hallar un aliado en el sacerdote. Con tal objeto fuí a verle al Colegio del Corazón de María, y todo azorado, le confesé que estaba enamorado de la hermana San Sulpicio y le supliqué que me ayudase en mi empresa.

VILLA. ¡Vaya una ocurrensia! ¿Y él, qué hiso?

CEFE. Él me clavó una mirada despreciativa, y extendiendo la mano hacia la puerta, me dijo: "¡Largo!, ¡largo!"... Y cuando ya bajaba la escalera, le oí decir desde lo alto de ella: "La hermanita, ¿eh? Ha olido cuartos, ¿verdad? Ya arreglaremos, ya arreglaremos a la hermanita."

VILLA. ¡Qué tío salvaje!

CEFE. Eso dije yo por lo bajo, lo suficiente bajo para que él no lo oyera. Y sin duda el capellán cumplió su amenaza de arreglar a la hermanita, porque tres días después una cigarrera llamada Paca, criada o asistenta o qué sé yo, de casa de Gloria, y que quiere a ésta a cegar, me trajo una carta suya.

VILLA. ¿De la monja?

CEFE. De la monja. Se mostraba irritadísima conmigo y me rogaba que no me ocupase más de ella.

VILLA. Se quedaría usté de piedra.

CEFE. Figúrese. Pero después, al serenarme, pensé que si bien en la carta me trataba duramente y con cierto desprecio, el hecho positivo era que la hermana me enviaba una carta, y que para hacerlo debió exponerse mucho y buscar medios clandestinos. Si yo le fuera indiferente en absoluto, no correría semejante riesgo.

VILLA. Indudable, amigo.

CEFE. Por conducto de Paca, la cigarrera, le contesté una carta en que me acusaba de mi torpeza, y en la postdata le comunicaba que había conocido en una tertulia a su prima la condesita del Padul. La respuesta no se hizo esperar y

fué como un rayo de Sol para mis esperanzas. No son más que dos renglones, pero vea usted: "Sigue usté tan gitanillo como antes. Después que salga del convento hablaremos."

VILLA. ¡Olé por la monjita barbiana! ¿Y sigue usté carteándose con ella?

CEFE. Casi a diario. En la última carta, enterada de que la condesita del Padul y su padre habían conseguido convencer a su familia para que la sacasen del convento, me decía con su gracia espontánea: "Con esto, y con que yo le dé a usté calabazas cuando salga del convento, está usté aviado."

VILLA. Enhorabuena, compadre. ¿Ve usté el tiempo que Isabel y yo nos queremos? Pues aún no he recibido carta suya. (*Entra Pepita.*)

PEPI. ¿A que están ustedes hablando mal de mí?

CEFE. Nunca.

PEPI. De usté lo creo, pero del señor comandante... ya es otra cosa.

VILLA. ¡Qué mal concepto tiene usté de mí!

PEPI. El que usté se merese.

VILLA. (*Intentando tirarla de las narices.*) ¿De veras?

PEPI. (*Huyéndole.*) ¡Déjeme usté, chinchoso, feo, patoso! Parese mentira que usté sea de Cádis. ¡Meresía usté ser gallego! (*Respingo de Ceferino.*) Por supuesto, que tengo la vengansa en la mano. En cuantito venga Isabel se lo planto en el pico.

VILLA. ¿Sabe usté por qué es todo esto? Pues porque la señorita está enamorada de mí.

PEPI. ¿Yo de usté, desaborío? ¿Con esas patas tuertas y esos andares de aperador? ¡Que se le quite, grandísimo gallego! (*Nuevo respingo de Ceferino.*)

VILLA. Le advierto a usté que el señor ha nasido en la provincia de Orense.

PEPI. ¿De verdad?

CEFE. Sí, señorita; no puedo negarlo. (*Avergonzado.*)

PEPI. Pues no importa. Usté merese ser andaluz y el

comandante, gallego. (*Entran Joaquina y Ramona.*)

JOAQ. Buenas noches. Hola, Sanjurjo, dichosos los ojos; bien venido.

CEFE. Buenas noches, Joaquinita. Buenas noches, Ramona.

RAMO. Buenas noches, Ceferino. ¡A sus órdenes, comandante!

VILLA. ¡Hola, doctora!

RAMO. ¿Ya empezamos con las guasitas?

VILLA. Nada de eso. Lo digo en serio.

PEPI. Deja al comandante, que viene esta noche de lo más patoso...

JOAQ. Siéntese usté, Sanjurio. Yo me sentaré a su lado. Disfrutaremos del primer cuartito de hora de la noche.

CEFE. ¿Del primer cuartito de hora?

JOAQ. Sí, señor. El reglamento de la casa no consiente las parejas más de quinse minutos, y mi hermana Pepita es la encargada de haser cumplir la orden. Pero siéntese usté bien. (*Ceferino adopta otra postura sin saber a qué se refiere Joaquina.*)

VILLA. Bueno, están ustedes insoportables; me voy a la cocina.

PEPI. Quiá. A la cocina no se va usté. A mí no me revuelve usté el gallinero. A estarse aquí, quietecito con nosotras (*Sentándose.*), o se lo cuento todo a Isabel.

VILLA. Eso no. Capitulo y me siento.

JOAQ. Conque poeta, ¿eh? ¡Qué bonito! ¿Hase usté versos? Me leerá usté algunos, ¿verdá?

CEFE. Con mucho gusto.

JOAQ. A mí me encantan los versos, me encantan, ¿sabe usté? A casa venía un chico que los hasía tan bonitos, tan bonitos... Vamos, eran presiosos. Otros los hacían bonitos también, pero como Pepe Ruiz, ninguno. Verá usté, a mí me dedicó unos que tengo arriba guardados. Prinsipiaban: "Hojas del arbol caídas, juguetes del viento son"...

CEFE. "Las ilusiones perdidas,—hojas son, ¡ay!, desprendidas—del árbol del corazón."

JOAQ. Toma, ¿también usté los sabe?

CEFE. Sí, señorita. Y mucha gente más. Son de Espronceda.

JOAQ. No, hijo mío, que no son de ese caballero, que son de Pepe Ruiz. Yo misma se los he visto escribir.

CEFE. Entonces serán de los dos. No hay nada perdido.

JOAQ. Vamos, déjeme usté algunos suyos. Si usté es poeta, estará enamorado, ¿eh? ¿A que sí? Todos los poetas son muy enamorados... Pepe Ruiz, ¡uf!, a todas las que veía las pedía la conversasión... Pero siéntese usté bien, Sanjurjo. Echese hasia atrás.

CEFE. Acabáramos. (*Se mece.*)

RAMO Estése usté callao o le echamos de la casa, so feo, ranchero... Ya sabe usté que a mí no me gustan esos cuentos.

VILLA. A Pepita, sí.

RAMO. Bueno, pues cuénteselo usté a ella. Yo me voy.

VILLA. No se vaya usté, Ramoncita. Después le referiré el cuento a su hermana para que, en secreto, su hermana se lo refiera a usté. (*Entra Suárez.*)

SUAR. ¡Buenas noches, señores!

VILLA. ¡Buenas noches!

SUAR. ¡Salud, pimpollos!

PEPI. ¿De dónde sale usté?

SUAR. De Marmolejo, de tomar las aguas. Joaquinita, cada día más guapa... ¡Caray, señor Sanjurjo! ¿Usté por aquí? No contaba verle tan pronto, amigo. ¿Cómo lo ha pasao usté?

CEFE. Divinamente.

SUAR. Usté siempre metío en harina... Aquí pierde usté el tiempo, Joaquinita. No me perziga usté más a este gachó, que ya está amartelaíto perdío por otra niña zevillana.

JOAQ. ¿De veras está usté enamorado, Sanjurjo?

CEFE. Cuando el señor lo dice...

SUAR. Diga usté que zí. Es una morena hasta allí... con unos ojos como dos negros bozales, ¡ham!, dispuestos a comérzele a uno... Y unos andare que el zuelo cruje de gusto cuando ziente zu taconeo... Luego, un arma que ni la de un violín, y más zentío que un Miura.

CEFE. Le falta a usté lo mejor.

SUAR. ¿Qué?

CEFE. (*Sarcástico.*) Que tiene cien mil duros de dote.

SUAR. Ezo e. Y además ze encuentra uno con el inconveniente de los cien mil duros. ¡Diga usté ahora que este zeñor no es más zabio que Víctor Hugo! (*Volviéndose a los otros.*) ¿Dónde está la guitarra, que hay que animar esto?

RAMO. Voy por ella. (*Mutis. Entran don Justo, Elena, Carmela y Olóriz.*)

ELENA. Buenas noches.

SUAR. Venga con Dio la flor de Zevilla. ¿Qué tal va, don Justo?

JUSTO. (*Bostezando.*) Tirandillo.

ELENA. Muerto de sueño ya. Dios y ayuda me ha costao que saliéramos. (*Saludos y besos.*) Hola, presiosa.

PEPI. Hola, Elenita.

CARM. Dame un beso, encanto. ¿Y tu hermana?

SUAR. Por la guitarra ha ido.

ACIS. (*Entrando.*) Dios guarde a la buena gente.

ELENA. ¿Nos venía usté siguiendo los pasos?

ACIS. Siempre. El sángano detrás de las abejas. ¡Vaya frase! En eso me paresco a los pollitos que vienen a esta casa.

ELENA. ¿En perseguirnos?

ACIS. No, en lo de haser el sángano. (*Don Justo se sienta en un rincón y allí se queda dormido.*) Hola, amigo Olóriz. ¿viene usté de haserse la permanente?

OLORIZ. ¿Por qué lo dice usté?

ACIS. Porque trae usté el pelo de un risao que paese usté un inglés de teatro. (*Risas.*)

PEPI. (*A Villa.*) ¡Que a la cosina no se va usté, güen hombre! ¡Deje usté en paz a la muchacha!

VILLA. Lo que tiene usté es envidia.

PEPI. ¿Yo? Quite usté de ahí, esaborío. (*Acercándose a Joaquina y Ceferino.*) Y basta de coloquio. Ya han pasao los quinse minutos!, ¡y veinte también! ¡Hay que respetar los estatutos de la casa. Si yo alzase la mano, se convertiría esto en una gorrería. Con ustedes he tenido un poco de consideración porque se trata de mi hermana. ¿Verdá usté que apetece comérsela? ¿No sería una pena que esta naranjita de la China se fuese a sentar en el polletón?

CEFE. ¿En el polletón? ¿Qué es eso?

PEPI. Aquí, en Sevilla, le disen er polletón ar lugar donde se sientan en el cielo las solteronas.

CEFE. Es gracioso.

PEPI. ¡Ya se me ha escapado Villa a la cocina! ¡Maldito hombre! (*Mutis.*)

JOAQ. Márchese usté. Márchese para que no digan. En cuanto estemos separados un ratito, ya podemos juntarnos otra vez y disfrutar de otro cuarto de hora de seguridad.

PEPI. Aquí traigo a este hombre, que al menor descuido se me escapa.

VILLA. ¡Calumnia!

PEPI. ¿Calumnia? ¡Y le he cogido pellizcando a la criada! (*Protestas de Villa.*)

RAMO. Aquí está la guitarra.

SUAR. Venga a mis manos, que ningunas como éstas la saben acariciar.

RAMO. *(A una.)* Rompe tú er fuego.

ELLA. ¡Vaya que sea! (*Suárez rasguea la guitarra y se marca una salida por malagueñas.)* ¡Honraaa!

SUAR. ¡Bueno!

CANTA.
Dicen que me andas quitando
la honra, y no sé por qué...

SUAR. ¡Ole!

CANTA.
¿para qué enturbias el agua
que has de venir a beber?

SUAR. ¡Ezo, mi niña!

CEFE. Son peteneras, ¿verdad? (*Risas.*)

SUAR. Está usté enterao, amigo. Malagueñas del riñón mismo del Perchel, cantadas con mucho estilo y con la gracia de Dios.

CANTA. Ahí van peteneras. *(Cantando.)*

Por Dios te lo pido, niña,
y te lo pido llorando,
Cristo de la Expirasión,
que no le cuentes a nadie
lo que a mí me está pasando.

TODOS. ¡Ole!

OTROS. ¡Muy bien cantado!

JOAQ. Y ya ha pasao el ratito. Podemos hablar otro cuarto de hora. Siéntese usté, Sanjurjo.

CEFE. Encantado.

ACIS. Miren ustedes a Joaquinita con la caña.

SUAR. Ya lo veo, y tiene zu intríngulis el caso, no crea usté... Como ze entere la morena de marras...

ACIS. ¿Qué morena?

SUAR. Es verdad, que usté no está enterao. Po ya ze enterará usté, porque er cazo va a da que hablar una mijita.

JOAQ. No sea usté modesto, Sanjurjo. Gallego y todo puede usté volver loca a cualquier sevillana. Tiene usté una figura muy simpática, una educación esmeradísima, a través de la cual se advierte un corazón de oro. Tiene usté, además, los ojos muy dulces... aunque un poquitín pícaros.

CEFE. Señorita, no me diga usté más, porque voy a ruborizarme.

ISABEL. Buenas noches. (*Su entrada produce cierta turbación.*) No se mueva nadie. Hola, bonitas, ¿qué tal vamos?

RAMO. Ya nos ves. En plena fiesta. Faltabas tú...

ISABEL. Comandante...

VILLA. (*Muy serio.*) Isabel...

ISABEL. Ya sabe usté que se le distingue entre los buenos amigos.

VILLA. Isabel, ¿qué puedo yo contestarle?

ISABEL. No me diga nada. Salud, don Acisclo; ¿a quién se despellejaba?

ACIS. A nadie, pobre de mí.

CRIA. ¿Manda algo la señora condesa?

ISABEL. Nada; puedes irte. Ha quedado papá en venir a buscarme.

PEPI. ¿Va a venir tu padre?

ISABEL. Ya lo oyes. El muy pícaro no ha ido a senar, pero por teléfono me ha dicho que vendría a recogerme. ¡Buenas noches, Sanjurjo!

CEFE. A sus pies, Isabel.

ISABEL. Tengo que hablar con usted. Espere usted un ratito para no llamar la atención.

ACIS. ¡Ya se ha quedado serio el comandante Villa! En cuanto ve a la condesita se le derriten las espuelas.

ISABEL. Pero que no se interrumpa la fiesta porque yo haya llegado. ¿Qué se estaba haciendo?

VILLA. La señorita acababa de cantar como los ángeles.

JOAQ. ¿Se ha fijao usté como se ha quedao el comandante desde que ha llegao Isabel? ¡Pobrecillo! Está enamorado hasta las cachas.

CEFE. ¿Pobrecillo? ¿Por qué? ¿No le corresponde su novia?

JOAQ. ¿Novia? Que Dios haga. Se ha ido a enamorar el pobrecillo de una mujer que sólo gosa teniendo a los hombres a sus pies.

ISABEL. A ver, ¿quién me da una silla? (*Varios se la ofrecen.*) Prefiero la del comandante. Fiarse de un militar es siempre más seguro.

CARM. ¿Y cree usted que son verdad esos rumores? ¿Arruinada la condesita del Padul?

SUAR. Completamente arruinada. La bambolla na más les queda. El padre, con zus francachelas, la está dejando en la miseria. No hay día que no haga arguna de las zuyas. ¿Usté no zabe zu última hazaña?

CARM. ¿Cuál? ¿Er desafío aquél en que se batió con una pistola cargada de arena y otra de pólvora y mató a su contrario?

SUAR. No, la última.
CARM. ¿Qué fué?
SUAR. Pos que desnudó a unas mujerzuelas que le acompañaban y las zambulló en el río.
CARM. ¡Qué sarvaje!
SUAR. Es todo un caballero y todo un rufián.
ISABEL. Sanjurjo, no olvide usté que tenemos que hablar. Te lo devuelvo en seguida, Joaquinita, no te apures.
CEFE. Con permiso de usted, Joaquinita.
JOAQ. ¡Huy qué rabia!... Perdona un momento, Isabel, es que me está contando una cosa muy interesante. Siéntese usté, Sanjurjo. No será tan urgente lo que tenga que contarle a usté. ¿O le desagrada estar a mi lado?
CEFE. Nunca, Joaquinita.
JOAQ. Pues siéntese usté.
CEFE. (*Contrariadísimo.*) Con mucho gusto.
JUSTO. Bueno, niña, ¿nos vamos?
SUAR. ¿Quién pienza en irze ahora que va a empezar la alegría? ¡A ve, venga cante y baile por todo lo alto!
ELENA. Tito, por Dios, usté siempre empeñao en hacer la competencia a las gallinas. Vuérvase usté ar rincón y duerma otro ratito.
CEFE. Perdóneme usted, Joaquinita, pero estoy nervioso por hacer esperar a Isabel.
JOAQ. Bien está, hijo, no hasen farta tantas disculpas. Isabel (*Levantándose y dejando el sitio a Isabel.*), aquí tienes a Sanjurjo, que está loco de impasiensia por lo que tienes que decirle.
ISABEL. No es nada importante.
JOAQ. Allá ustedes.
CEFE. Isabel, cuénteme usted, que me tiene en ascuas.
ISABEL. Prepárese usted a recibir una noticia inesperada.
JOAQ. Perdonen ustedes un momento. Me había dejao el abanico en la mecedora... Ya pueden ustedes seguir.
CEFE. ¿Qué hay? ¿Qué hay?
ISABEL. Gloria está en su casa.

CEFE. (*Dando un salto.*) ¿Eh? ¿Cómo? ¿En su casa? ¿Desde cuándo?

ISABEL. Desde ayer. Hoy he recibido una carta suya en la que me lo dice.

CEFE. Pero ¿cómo han conseguido?...

ISABEL. ¿No le dije a usted que si mi padre quería interceder era cosa hecha? El otro día estuvo a ver a tía Tula, la madre de Gloria, y la regañó duramente por el secuestro de su hija, sabiendo que no tiene vocación. Por supuesto, que don Oscar ni se atrevió a despegar los labios.

CEFE. ¿Y quién es ese señor?

ISABEL. (*Sin saber qué responder.*) Pues... un señor... un bendito señor, como dise la tía Tula. El resultado es que a los cuatro días de la entrevista, Gloria estaba en su casa.

CEFE. ¡Ay, Isabel!... ¡Bendita sea usted! Dios se lo pague.

ISABEL. (*Levantándose.*) No se hable de ello.

JOAQ. (*Acercándose.*) ¿Acabó ya la conferensia? ¿Contra quién se conspiraba?

ISABEL. Contra ti.

JOAQ. Puede. (*Sonriendo.*)

ISABEL. La pura verdad.

PEPI. Comandante Villa, ar piano. ¿Quién quiere bailar conmigo unas sevillanas?

UNA. Yo mismita.

PEPI. Pues... arsando... ¡Música, maestro!

VILLA. Como las balas. (*Bailan. Interrumpe el baile la llegada de Rafael.*)

RAFA. Buenas noches. ¿Dónde está Isabel?

RAMO. ¿Qué pasa?

RAFA. Que su padre está herío.

RAMO. ¡Josú!

RAFA. Isabel...

ISABEL. Rafael, ¿qué le pasa a usté que está tan pálido?

RAFA. Na, un accidente, aunque sin importancia...

ISABEL. ¿A quién? ¡¡Mi padre!! ¿Qué le pasa a mi padre?

RAFA. Na, que he resibío una pequeña hería... pero no es na grave.

ISABEL. ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde está? ¿Cómo ha sido?

RAFA. No se asuste usté, criatura. El mismo se lo contará. Si ha venío con nosotros. Yo me he adelantao para prevenirla. Entre usté, señor conde. (*Auxiliado por dos servidores entra el conde. Lleva el brazo izquierdo sujeto en un pañuelo a modo de cabestrillo.*)

ISABEL. ¡Padre!... ¡Padre!... ¿Qué ha pasado?

CON. Nada; no te asustes, que no tiene importancia. Una herida en la mano.

ISABEL. Pero ¿por qué? ¿Cómo?

CON. Lo de siempre: quijotadas mías. Dos hombres reñían a la puerta de un colmado. Me metí a separarlos y recibí en pago una puñalada que me atravesó la mano.

ISABEL. ¡Jesús! ¿Pero quién te manda meterte a redentor, papá?

ACIS. Haberlos dejao que se matasen.

VILLA. En esas cosas, el que se mete en medio es siempre el que pierde.

JOAQ. Pues claro.

ISABEL. ¿No vale tu vida mucho más que la de esos hombres?

CON. Pero ya me conoces. Así moriré. Anda, Isabel, vámonos a casa, que aunque la herida no es grave, perdí mucha sangre y estoy débil.

ISABEL. Sí, vámonos.

CON. Buenas noches, señores.

CEFE. ¿Les acompaño?

CON. Ah, buenas noches, Sanjurjo; ya le habrá dicho a usted Isabel...

CEFE. Sí, ya me ha dicho... Agradecidísimo, señor conde.

CON. Nada. En mí tiene usted un amigo.

CEFE. Lamento mucho lo que le ha pasado. Les acompañaré hasta su casa.

CON. No hace falta. Está el coche a la puerta y esto no es nada.

ISABEL. ¡Válgame Dios, papá, válgame Dios!

CON. Vaya, hasta mañana.

UNOS. Buenas noches, señor conde.

ISABEL. Adiós.

RAMO. Adiós, y no te asustes, chiquilla, que por lo visto no tiene importancia.

ISABEL. Dios lo haga. (*Mutis. Movimiento de curiosidad alrededor de Rafael.*)

ACIS. Cuéntanos tú la verdad, Rafael, ¿qué ha pasao?

TODOS. Sí, sí... Cuenta.

RAFA. Fué esta tarde, en Tablada; después de ver los toros nos reunimos de juerga en un colmao... buena gente: "el Naranjero", "la Carbonera", "la Serrana", Primo el guitarrista, el conde y un inglés mal'ange y con muy mal vino. Se bebió de largo... y ya sabéis lo que es er conde cuando bebe. Mu fino, mu caballero, pero con unos ojos de fiera que dan pánico. El inglés, que ya había hecho varias atrocidades, desafió al conde a beberse un vaso grande lleno de ron. El conde le miró con su habitual desprecio, y llenando el vaso hasta los bordes, echó luego en él un puñado de pimienta y la ceniza de su cigarro, y sin pestañear, se lo bebió to.

CEFE. ¡Jesús!

RAFA. No contento aún con esto, rompió el vaso con los dientes. Vimos sus labios finos manchados de sangre.

SUAR. Güena lerzión le dió al inglés.

RAFA. Pues no se dió por satisfecho con ella. Ca vez sus ojos brillaban más feroces. Por fin se encaró con el inglés y le dijo sin dejar de sonreír: "Usté es muy valiente, ¿verdad?" "Más que usted", dijo el otro. El Conde fué a lanzarse sobre él, pero lo sujetamos. Entonces, calmándose de pronto, dijo: "Ya que es usté tan bravo, ¿a que no pone la mano sobre la mesa?" "¿Para qué?" "Para clavársela junto con la mía." El inglés, sin vacilar, extendió su manaza grande y membruda. El conde puso sobre ella la suya fina de caballero, sacó del bolsillo un puñalito damasqinado y sin una va-

cilación, con arranque feroz, alzó el puñal ¡y clavó ambas manos sobre la mesa!

MUJERES. ¡Dios mío! ¡Qué horror!

OLORIZ ¡Qué bárbaro!

ACIS. ¡Vaya sangre que tiene el conde!

PACA. (*Entrando.*) Aquí me tiene usté, señor Sanjurjo. De su casa vengo.

CEFE. ¿Trae usté carta?

PACA. ¿Qué me da su mersé por ella?

CEFE. Venga, venga.

PACA. Ahí va. (*Lee la carta. Su rostro se ilumina y mira a Paca, que suelta la carcajada.*) Madre mía del Rosío, ¡y cuánto me alegraría que su mersé y la señorita!... ¡vamo!...

CEFE. Allá veremos, allá veremos. Tome usté un duro. (*Con arranque heroico, después de vacilar.*)

PACA. Déjelo usté, señorito, que yo sirvo a mi niña y a usté sin interés arguno de dinero.

CEFE. (*Vacila nuevamente.*) No importa. Tome el duro.

PACA. Que no, señorito.

CEFE. Que sí, mujer, tómelo.

PACA. Vaya, pos que Dios se lo premie. ¿Manda usté argo más?

CEFE. Nada, Paca.

PACA. Pos... hasta mañana. (*A todos.*) Buenas noches.

JOAQ. (*Que es la única que ha prestado atención a la escena.*) Buenas noches.

VILLA. (*Acercándose.*) Enhorabuena, compadre. ¡Vaya carita que se le ha puesto a usté!

CEFE. ¡Ay, amigo Villa, estoy loco de gozo! Gloria está ya fuera del convento.

VILLA. ¿Sí?

CEFE. Y me ha escrito.

VILLA. ¿Se pué ver la carta?

CEFE. Sí, hombre, ya lo creo. "Ya estoy fuera del convento. Si usted quiere recibir las calabazas prometidas, pase usted a las once por delante de mi casa. Estaré a la reja y hablaremos."

VILLA. ¡Ole la monjita!

CEFE. ¿Qué hora es? ¡Las once menos cuarto! Me marcho corriendo. Adiós, amigo Villa.

JOAQ. Sanjurjo, podemos reanudar nuestra conversación si usted quiere.

CEFE. Perdone usted, Joaquinita, pero tengo que marcharme ahora mismo. He recibido una carta urgentísima...

JOAQ. Ya lo hemos visto. ¡Qué ingrato!... Después que vengo yo a buscarle...

CEFE. Discúlpeme. Adiós, Pepita...

PEPI. Josú, hijo, me ha asustao usté, ¿qué pasa?

CEFE. Que me despido. Hasta mañana.

PEPI. Hasta mañana, hombre.

CEFE. Adiós, Ramoncita; adiós, Elenita; adiós, Carmencita.

RAMO Pero ¿qué le ha dao a usté, Sanjurjo?

JOAQ. Mu fuerte; le ha dao mu fuerte... Pero ¡ya pasará!

CEFE. Adiós, amigo Suárez.

SUAR. Adiós, güen hombre, adiós.

CEFE. Adiós, don Acisclo. ¡Adiós a todos!

UNOS. Adiós.

ACIS. Pero ¿dónde va ese cohete?

SUAR. Como todos los cohetes. Primero, ¡pa arriba!, y luego, ¡pa abajo! Cada loco con su tema. Allá ca uno. Nosotros a lo nuestro. A ver esas sevillanas interrumpidas. Comandante, venga música; niñas, los palillos, y a bailar se ha dicho. ¡Música! ¡Vengan parmas! (*Y mientras bailan las sevillanas, jaleadas por los otros, cae el telón.*)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

CON PERMISO DEL PUBLICO SE PELA LA PAVA

La decoración representa la calle de Argote de Molina, en Sevilla. Al centro, fachada de la casa de Gloria, con reja, claro está. Aparece el sereno, apoyado en la reja, y a poco sale Ceferino.

CEFE. Las once en punto. (*Viendo al sereno.*) ¡Vaya, qué contrariedad! ¿No tendrá nada que hacer

por ahí este pasmarote? (*Se apoya en el muro y enciende un pitillo. El sereno comprende que estorba, le mira, se ríe, y al fin dice:*)

SERE. No s'apure usté, señorito, que ya me voy.

CEFE. No, si...

SERE. ¿Qué me va usté a contar? En toas las rejas me pasa lo mismo. No hay una en toda la calle donde descansar un rato. (*Y se va.*)

CEFE. ¡Hombre, qué sereno tan simpático! ¡Las once y tres minutos!... ¿Por qué no viene ya?... Sí me parece... ¡Gloria!

GLOR. Presente. (*Pausa.*)

CEFE. (*Azorado.*) ¿Cómo sigue usted?

GLOR. (*Riéndose burlonamente.*) Bien, ¿y usted?

CEFE. Muy bien. (*Pausa.*) ¡Cuántos deseos tenía de que llegase este momento!

GLOR. ¿Y por qué tenía usted esos deseos?

CEFE. Porque me atormentaba en el corazón el afán de decirle a usted que la quiero con toda mi alma.

GLOR. ¡Noticia fresca! Pues hijo, si en las nueve cartas que usted me ha escrito lo ha repetido cuarenta y una veces... Lo llevo por cuenta.

CEFE. Entonces, será para decírselo la cuarenta y dos. Lo que nos está pasando, Gloria, parece una novela. ¡Cuánto cambio! ¡Cuánta peripecia! (*Pausa.*) ¿Ese cuarto, es el de usted?

GLOR. No es cuarto. Es la sala de recibo.

CEFE. ¡Ah! *(Otro silencio.)* ¡Si viera usted, Gloria, qué tristeza he pasado estos días en que no tenía noticias suyas! ¡Creí que me había usted olvidado.

GLOR. Yo no me olvido nunca de los buenos amigos. Además le había prometido una cosa, y de ningún modo querría dejar de cumplir mi promesa.

CEFE. ¿Qué cosa?

GLOR. Las calabazas. ¿No se acuerda usted?

CEFE. ¡Ah, sí! Pues bien, Gloria, a eso vengo precisamente, a que usted me desengañe, si estoy engañado, o a que usted confirme mis espe-

ranzas, si tienen algún fundamento. Despéneme usted pronto, Gloria.

GLOR. Ha llegado el momento fatal. Prepárese usted, que allá van... Señor don Seferino, mentiría si le dijese que desde los primeros días en que hablamos en Marmolejo, no había comprendido que me estaba usted galanteando. Es más, yo creo que aquel besó que usted dió en el crusifijo de la madre Florentina, la primera vez que nos vimos, se lo dió usted a mi salud... ¿Se ríe usted? Bien; es que no ando descaminada. Estos galanteos me han costado algunos disgustos; pero no le guardo a usted rencor. Antes o después tenía que estallar el trueno, porque estaba resuelta a no quedarme en el convento, aunque tuviese que ir a servir de criada a una casa. Después, usted me ayudó mucho a salir con la mía, y por ello le estoy agradecida... Pero una cosa es el agradesimiento y otra el amor. Amor no he podido hasta ahora tenérsele a usted... Le estimo... Me es simpático y no olvidaré nunca lo bueno que ha sido conmigo; pero, soy franca, no quiero que viva más tiempo engañado. Seré amiga sincera y cariñosa de usted... Novia, no puede ser...

CEFE. ¡Vaya unas calabazas bien fabricadas! Parecen talmente naturales.

GLOR. ¿Cómo? ¿No cree usted lo que le digo?... ¡Hijo, no está usted poco pagado de su personita!

CEFE. No es que esté pagado de mí, Gloria; es que cuesta trabajo creer que haya aguardado usted tanto tiempo para darme calabazas.

GLOR. ¡Si no me las ha pedido usted hasta ahora!

CEFE. Pero ¿es que habla usted en serio, Gloria?

GLOR. ¿Por qué no? Vamos, usted se ha figurado que porque yo he aceptado su ayuda para salir del convento, quedaba comprometida a adorarle, ¿no es sierto?

CEFE. (*Indignado, después de una pausa.*) Lo que es usted una solemnísima coquetuela, indigna de

fijar la atención de ningún hombre formal. No me pesa el tiempo que he perdido queriéndola; me pesa haberla querido. Creí que bajo esa aparente frivolidad se ocultaba un corazón, pero veo que no hay más que vanidad y aturdimiento. Me alegro de saberlo de una vez, porque de una vez lo arrancaré de mi corazón y de mi pensamiento, donde nunca debió haber estado. Quede usted con Dios, y hasta nunca. (*Intenta marchar, pero ella le retiene suavemente, oprimiéndole una mano y dice, después de soltar una carcajada.*)

GLOR. ¡Eso!, ¡eso! ¡Así me gusta usted, hombre! Ya iba empalagada de tanto dulce.

CEFE. ¿Qué quiere decir esto, Gloria?

GLOR. Quiere decir, que no sea usted melosito, que el jarabe cansa y el incienso marea. Mire usted, ha adelantao usted más en un momento, llenándome de improperios, que en tres meses de lisonjas. A ningún hombre le sienta mal una mijita de genio.

CEFE. ¿Sí? Pues aguárdese un poco, que voy a comenzar a insultarla a usted otra vez.

GLOR. No, no; por hoy basta.

CEFE. ¡Ay, chiquilla! ¡Lo que voy a quererte!... ¿Cuándo nos casamos?

GLOR. ¡Huy, qué pajarillo tan madruguero!... ¿Quién piensa aún en esas cosas?

CEFE. Yo.

GLOR. Como si no pensara; pues apenas queda camino que andar... Verá como mi madre o don Oscar se enteren de esto, la que se arma... Claro está, que concluirán por saberlo más tarde o más temprano. Pero ¿qué? Trabajo les mando, si intentan llevarme la contraria. Si me aburren mucho, me planto como los borriquillos gallegos (¡Perdona, chico!) y digo: Señoras y señores: Hasta aquí hemos llegado.

CEFE. Bendita seas, Gloria.

GLOR. Amén. (*Pausa.*) Mira tú, cuando nos casemos...

CEFE. Ahora eres tú la que madrugas.

GLOR. Déjalo, no importa. Cuando nos casemos, haremos un viaje a Francia, y pasaremos por las provincias, ¿verdad? Tengo deseo de ver otra vez el colegio de Vergara, donde estuve dos años... Porque nosotros nos casamos, es cosa resuelta... Mi madre podrá tener intención de dedicarme a vestir imágenes, pero desde ahora renuncio al empleo. Ni me siento en el polletón, ni quiero que San Elías me apunte en su libro de memorias.

CEFE. ¿Qué es eso de San Elías?

GLOR. ¿No lo sabes? Pues en Semana Santa sale un paso donde va San Elías con una pluma en la mano y mirando a los balcones. Y en Sevilla dicen que va sacando la lista de las solteronas.

CEFE. ¡Ja, ja!... ¡Qué gracioso y simpático es todo lo de Sevilla!

GLOR. Todo, ¿verdad? Y sobre todo yo.

CEFE. Oye, Gloria. Y si como es de esperar, tu madre se opone a que nos casemos, ¿qué vamos a hacer?

GLOR. ¿Qué vamos a hacer? Casarnos.

CEFE. Pero tú eres menor de edad... Todavía te falta un año para disponer de ti libremente... Hasta dentro de un año no podremos casarnos.

GLOR. ¿Qué? ¿Un año todavía? ¿Y me lo cuentas con esa tranquilidad? Seferino, ¡mira que te lo digo yo; tú no tienes corasón!

CEFE. Gloria, no me digas eso.

GLOR. ¿A cuántos estamos hoy? A cuatro de julio, ¿verdad? Bien; pues el día primero de octubre será nuestra boda.

CEFE. No hay más que hablar, Gloria mía.

GLOR. Oye, ¿qué te ha parecido el patio de las de Anguita?

CEFE. ¡Psch!... ¡No se pasa mal el rato!...

GLOR. (*Molesta.*) Sí, ¿eh? Y oye, en confianza, ¿cuál

de todas las muchachas que van allá es la que más te gusta?

CEFE. Ninguna. Todas me gustan por igual.

GLOR. ¿Por qué sueltas esas simplezas? ¿Crees que me voy a enojar porque te guste una más que otra? Al contrario, ¡hijo!

CEFE. Yo no tengo ojos más que para mirarte a ti. Y desde que tú me gustas, he perdido el gusto de todas las demás.

GLOR. ¡Ah, gitano, macareno, vamos, no seas pesao, dime cuál te gusta más!

CEFE. Pues, si he de ser sincero, la que allí me parece mejor, es tu prima Isabel.

GLOR. ¡Ya me lo sospechaba! ¡No había de gustarte una chica tan hermosa! Tú también le habrás gustado a ella, como si lo viera... Pero eso es una infamia, sí, una infamia... Desde el momento en que has comenzado en recaditos con ella, debí comprender que lo que ella quería era un novio más; mejor dicho, un esclavo más de los que lleva sujetos con un cordelito...

CEFE. Pero, Gloria, ¿qué estás diciendo ahí?

GLOR. No me trate usted de tú. (*Con ojos chispeantes de furor.*) Yo no tengo ya nada que ver con usted... Márchese usted y déjeme el alma quieta.

CEFE. Pero, Gloria, ¡por Dios!...

GLOR. ¡Márchese usted!... ¡No quiero verle a usted delante!

CEFE. Chiquilla, no te pongas así... ¡Esto no tiene sentido común!... ¡Eres injusta! Me ofendes y ofendes también a Isabel... ¿No ha sido ella quien más nos ha ayudado?... ¿No ha sido por su padre por quien estás fuera del convento y charlando conmigo por la reja?... Contesta... (*Pausa.*)

GLOR. ¿No me engañas?

CEFE. Te lo juro.

GLOR. Si me engañas, cuenta que te clavo un puñal en el corazón.

CEFE. Ahí va el puñal.

GLOR. Oye, ¿cómo llevas tú esto? ¿Qué puñal es éste?

CEFE. Uno que me regalaron en Madrid, en el Fomento de las Artes. Lo llevo sólo de noche, por precaución. Ya es tuyo. Pero piensa que te clavarás a ti misma, clavando mi corazón.

GLOR. ¡Ay, gitanillo!... ¡Venga! ¡Lo guardo! Ten por seguro que no escapas vivo se me haces traisión.

CEFE. Casi me entran ganas de hacértela, por el gusto de morir a tus manos.

GLOR. ¡No parece mentira que haya llegao a enamorarme de este modo de un gallego! (*Pausa.*)

CEFE. ¡Ay, Gloria! ¿Durará mucho esta felicidad? Tengo miedo de que se entere tu madre y corte nuestras entrevistas...

GLOR. No te apures. Ya buscaremos otro medio de vernos. (*Pausa.*) Oye, ¿sabes lo que se me ocurre en este momento? Pues se me ocurre que debías entrar en casa y ser amigo de mamá y de don Oscar.

CEFE. (*Insidioso.*) ¿Quién es don Oscar?

GLOR. (*Turbada.*) Don Oscar... es un señor que administra la hacienda de mamá... Es amigo antiguo de la casa.

CEFE. ¿Y vive con vosotras?

GLOR. Sí... Desde hace tres o cuatro años. Lo mejor para ello es que vengas recomendao por algún carlista de los gordos, porque este señor es muy beato, ¿sabes? Si te fingieses hijo de un oficial de Don Carlos, te recibiría, de seguro, con los brazos abiertos... ¿Qué te parece? ¿Te atreves?

CEFE. Chica, la cosa es muy arriesgada.

GLOR. ¿Te da miedo? ¿Eso es lo que me quieres?

CEFE. Miedo, no; pero hay que pensarlo.

GLOR. Sin pensarlo. Te finges hijo de un oficial, pides una carta de recomendación a cualquiera y vienes a hacernos una visita.

CEFE. ¿Y la carta de recomendación?

GLOR. Para eso entiéndete con tío Jenaro. Así po-

dremos vernos y hablarnos todo el día. ¿Te atreves?

CEFE. Me atrevo. ¿Qué no haré yo por ti?

GLOR. Y ahora vete, que ya es tarde. Mamá madruga mucho para ir a misa y querrá llevarme consigo. Vete.

CEFE. Un poco más. Aún no es medianoche.

GLOR. ¿No ha de serlo? Se pasan muy de prisa las horas. Adiós.

CEFE. ¿Y te marchas así, sin darme la mano?

GLOR. Toma, pedigüeño. (*Ceferino va a besarla.*) No, eso no. Aguarda un poco; te daré el crucifijo, como en Marmolejo. (*Riendo.*)

CEFE. Prefiero la mano.

GLOR. Hereje, vete. (*Ceferino le besa la mano repetidas veces.*) ¡Basta, chiquillo! ¿Crees que se va a concluir de aquí a mañana? Anda, vete... ¡Y piensa bien lo que hemos hablao!... Pasado mañana te presentas a don Oscar...

CEFE. Lo haré.

GLOR. ¡Lo que nos vamos a reír, chiquillo!

CEFE. Sí...

GLOR. Anda, suértame la mano. Vete.

CEFE. Cinco minutos nada más.

GLOR. (*Fingiendo susto.*) ¡Suerta, que siento ruido!... (*El suelta la mano. Ella aprovecha para retirarse, y riendo del ardid, cierra las maderas.*) Adiós.

CEFE. Adiós, Gloria mía. ¡Ay, qué felicidad!

SERE. Buenas noches, señorito...

CEFE. Buenas noches; tome usted... (*Echándose mano al bolsillo. Después se arrepiente.*) Por más que... (*Decidiéndose.*) En fin, es lo mismo... ¡Tome usted dos pesetas!

SERE. ¡Dos pesetas! Muchísimas grasias. ¡Qué lástima que todas las rejas no den lo mismo, señorito! Y enhorabuena, ¡que la señorita es muy guapa! ¡Y en estas noches de luna, apetece la pava!...

CEFE. ¡A mí qué me importan la luna ni las estrellas ni los jazmines ni la guitarra! Eso son cosas

de poetas embusteros. A mí no me importa más que ella, ¡y a ella sólo he visto!... Llevo yo dentro del alma un sol radiante que me ofusca y no me deja ver tales menudencias.

TELON

CUADRO SEGUNDO

UN BENDITO SEÑOR

Una sala en casa de Gloria Bermúdez, destinada solamente a las visitas. Muebles antiguos, esmeradamente cuidados y colocados en perfecto orden y simetría. Sillas forradas de tela color oro viejo y con alto respaldo. El suelo tapizado de estera fina de paja. En sitio preferente hay un retrato al óleo de una mujer joven y agraciada, con el lejano parecido a Gloria; aunque siendo sólo de busto, se advierte mucho menos estatura. A entrambos lados hay dos cuadritos al pastel, que representan, uno, un niño dando de comer a unos conejos, y el compañero, a otro niño abrazado a un corderito. Hay también un reloj en forma de cuadro, representando un paisaje, y en los laterales dos medallones bordados sobre papel con sedas de colores. En los rincones, y aun en el centro de la sala, varios tiestos, con claveles, alelíes y rosas.

(Por la derecha sale don Oscar y pulsa un timbre, que pende de la lámpara. Don Oscar es un hombre de estatura menos que mediana, lo cual depende de la cortedad de las piernas, pues el torso es grande, robusto, casi atlético. Cejas espesas, ojos saltones y enormes bigotes blancos que le tapan medio rostro. Frisa en los setenta años, y posee un vozarrón de bajo profundo, áspero y seco. A poco de llamar, sale una criada por el foro.)

OSCAR. ¡Filomena! ¡Filomena!

CRIA. ¿Llamaba usted, don Oscar?

OSCAR. Llamaba. Dígale a la señorita Gloria que venga, que tengo que hablarle.

CRIA. Al momento. (*Medio mutis.*)

OSCAR. (*Mira su reloj, y reparando luego en el de la pared, se sube en una silla y manipula en las manillas.*) Este reloj se ha propuesto desesperarme. (*Sale Gloria izquierda, seguida de la Criada, que cruza al foro.*)

GLOR. Buenos días, don Oscar.

OSCAR. Buenos días, señorita. ¿Cómo ha descansado usted?

GLOR. Perfectamente, ¿y usted?

OSCAR. A las mil maravillas. Siéntese, señorita, porque tenemos que hablar... diez minutos.

GLOR. Usted me dirá.

OSCAR. Señorita Gloria.

GLOR. Don Oscar...

OSCAR. Su madre de usted, aconsejada por su señor tío, el conde del Padul, y tras breve consejillo que celebró conmigo, ha accedido a sacarla a usted del convento. Usted, señorita Gloria, hasta hace poco—permítame usted que se lo diga—, fué harto traviesa y desmesurada. Hoy confiamos en que su carácter se habrá ordenado. Así, pues—y como prácticas de trabajo—, me he permitido trazarle a usted en este pliego un cuadro de los quehaceres, labores y estudios en que debe usted emplear las horas del día.

GLOR. El cuadrito de siempre, ¿verdad? A ver... (*Examinándolo.*) Levantada a las siete y treinta. ¿No le parece a usted muy temprano? De siete treinta a siete cincuenta y dos, aseo personal. Ocho minutos para ir a la iglesia con doña Tula. De ocho a ocho veintiuno, oír misa. A las ocho veintinueve, lectura de obras piadosas... (*Gloria le mira y oculta la risa.*) Y así, hasta las nueve de la noche. ¡Muy divertido!

OSCAR. Comprendo que tal vez resulte un poco monótono para usted el empleo de las horas. Acaso —bien sabe Nuestro Señor cuánto lamentaría esa preferencia—reuniones y teatros, fiestas mundanas, en una palabra, donde se atrofian

los sentimientos religiosos y el vicio y la holganza se enseñorean del cuerpo y del espíritu; pero creo coadyuvar a su educación, y más principalmente a la salvación de su alma, imponiéndole este cuadro de obligaciones, que creo ha de conducirla por sendas seguras a sentir desprecio por todo lo que no sea la vida monástica. Pero ¿qué está usted haciendo? (*Durante este párrafo, Gloria ha hecho una pajarita con el pliego que la dió don Oscar y se la muestra con semblante risueño.*)

GLOR. Una pajarita presiosa, don Oscar. ¡Mire usted qué salada! ¡Con su piquito levantado y todo!

OSCAR. (*De veinticinco colores.*) Señorita, es usted incorregible, y puesto que tan mal corresponde a mi noble y desinteresado proceder, no insisto más. Me limitaré a poner a su señora madre al corriente de esta burla. (*Mutis por la derecha.*)

GLOR. ¡Mira qué grasioso!... ¡Cuadritos a mí!... ¡Como que te figuras tú que yo soy la misma chiquilla de antes!... ¡Na de eso, hijo! A mí no me tienes tú peor que en el convento.

CRIA. (*Entrando por el foro con Ceferino.*) Aguarde usted un momento, señorito. Voy a avisar a don Oscar. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

CEFE. Ceferino Sanjurjo. (*Mutis de la criada.*)

GLOR. Seferino... chiquiyo...

CEFE. Aquí me tienes. ¿Soy valiente o no?

GLOR. Lo eres. Pero te advierto que llegas en mal momento. Está de un humor de perros.

CEFE. (*Con miedo.*) Sí, ¿eh?

GLOR. Sí. Acabo de tener con él una escena chistosísima.

CEFE. ¿Qué ha sido?

GLOR. Na; ya te lo contaré a la noche. ¿Traes la carta de recomendasión?

CEFE. Mírala. Pero yo no las tengo todas conmigo. Esto es muy aventurado.

GLOR. Seferino, tú no me quieres.

CEFE. Mujer, no he de quererte... ¡Con toda mi alma!

GLOR. Adiós, que me parese que viene don Oscar.

CEFE. Adiós.

GLOR. ¡Animo, gallego! (*Mutis.*)

CEFE. ¡Bueno, esto es una temeridad! En fin, ya veremos cómo salgo.

OSCAR. (*Que sale por la derecha. La Criada se va por el foro.*) Servidor de usted, caballero.

CEFE. Usted perdone que le haya molestado. Traigo una carta de presentación para usted. (*Se la entrega.*)

OSCAR. Veamos. (*La lee.*) ¡Ah, de don Alfonso! (*A medida que la lee su rostro se va iluminando.*) ¿Conque es usted de los nuestros? ¿Su señor padre hizo la campaña del Norte? Apriete usted esa mano, compañero. A nadie se la doy con más satisfacción que a los partidarios del Rey y la Religión. Siéntese usted.

CEFE. Muchas gracias. Es usted muy amable.

OSCAR. ¿Y qué vientos le traen por aquí, señor Sanjurjo?

CEFE. (*Con cara de lástima.*) Malos vientos, don Oscar, vientos de desgracia. Desde la muerte de mi padre la fatalidad me persigue.

OSCAR. ¡Lo de siempre! Males que acarrea la falta de previsión y de ahorro. Pero, en fin, es usted muy joven y aún puede corregirse. (*Pausa. Se levanta.*) Voy a presentarle a la señora de la casa, una persona de grandísimo talento y consejo. Lo hago, porque es usted hijo de un oficial de Su Majestad y deseo serle útil. (*Llamando por la derecha, con voz de trueno.*) ¡Doña Tula! ¡Doña Tula!

TULA. (*Lejos, con poca voz.*) ¿Qué se ofrece, don Oscar?

OSCAR. Tenga la bondad de venir un instante.

TULA. En seguidita.

OSCAR. (*Volviendo a sentarse.*) Va usted a ver qué talento tan portentoso. La penetración de esta buena señora asombra a todo el mundo.

TULA. (*Sale.*) Ya estoy aquí. (*Es una señora bajita, también, pero bien proporcionada, de tez pálida, ojos claros y facciones regulares. Sus cabellos rubios, donde brillan muchas hebras de plata, están peinados, formando un número considerable de ondas o rizos pegados a la frente. Su traje es un poco extravagante, de colores chillones, impropio de su edad, pues alcanza ya los sesenta. Habla con voz débil. Lleva en las manos una maceta.*)

OSCAR. Tengo el honor de presentar a usted al señor Sanjurjo, hijo de un oficial de los Ejércitos de Su Majestad Don Carlos, que hizo la campaña del Norte.

TULA. ¿Conque su padre era militar carlista? Cuánto me alegro de conocerlo a usted. ¡Pobresito!

CEFE. Señora, la alegría y el honor son míos.

TULA. Y viene usted a hacer un viajesito por nuestro país, ¿verdad? ¡Cuánto me alegro! ¿Le gusta a usted Sevilla?

CEFE. Muchísimo. Es una ciudad encantadora.

TULA. Muchísimo, ¿verdad? ¿Y piensa usted permaneser aquí todo el verano?

CEFE. Señora, eso depende de las circunstancias.

TULA. ¿De dónde viene usted ahora, de Navarra?

CEFE. No, señora, de Galicia; donde he nacido.

TULA. ¡Ah, de Galicia! Entonces no me asombra que esté usted encantado con este país. ¡Qué diferensia!

CEFE. Sí, señora, mucha... Pero aquello también es bonito.

TULA. (*Interrogando.*) ¿Lo encuentra usted así? ¡Ay, pobresito, cómo quiere a su patria! ¿Conosía usted Sevilla?

CEFE. No, señora.

TULA. ¿Conque no ha estado usted en Sevilla hasta ahora? ¡Pobresito! ¿Entonces no habrá usted visto la Semana Santa? ¡Ay, madre mía, no haber visto nunca las prosesiones del Jueves y Viernes Santos, no haber visto las cofradías ni los pasos! ¡Pobresito! ¡Pobresito!

OSCAR. ¡Método, doña Tula, método!

TULA. Verdad, don Oscar, verdad. Tiene usted mucha razón. ¡Como soy tan polvorilla!... Lo mismo era mi difunto. Nos juntábamos un par, que no hacía falta más que un tantito así (*Señalando con el dedo.*) para que saltásemos por la chimenea.

OSCAR. Ya se ve bien, por el resultado de tal unión.

TULA. Es verdad... Lo dice por mi hija Gloria. (*Dirigiéndose a Ceferino.*)

CEFE. ¿Tiene usted una hija?

TULA. Sí, señor, tengo una hija, que parese amasada con rabos de lagartijas. ¡Jesús, qué criatura! Desde que ha venido al mundo no se ha estado quieta un minuto en ningún sitio.

CEFE. (A la reja conmigo todas las noches.)

TULA. Es más polvorilla... Más polvorilla...

CEFE. ¿Hace muchos años que es usted viuda?

TULA. ¡Oh, sí, bastantes!

OSCAR. El señor, por azares de la vida, se encuentra en situación precaria y solicita nuestra ayuda. Creo interpretar sus sentimientos no denegándosela.

TULA. ¡Pobresito!... ¡Pobresito!... Ya sabe que lo que usted haga está bien hecho, don Oscar.

OSCAR. Pues bien, señor Sanjurjo. Puedo ofrecer a usted ocupación en esta casa. El sueldo, momentáneamente, será muy corto. Después ya veremos.

CEFE. Bien, pues usted dirá.

OSCAR. Venga usted conmigo al despacho, y le daré un cuadro, donde rezarán con exactitud matemática sus obligaciones de cada día.

CEFE. Como usted ordene. Señora, un servidor más. Beso sus pies.

TULA. Y yo a usted la mano, señor Sanjurjo...

GLOR. (*Sale por la izquierda, y al ver a Ceferino, finge sorpresa.*) ¡Ah!... Ustedes perdonen; buenos días.

CEFE. (*Inclinándose, respetuoso.*) Buenos días, señorita.

OSCAR. Venga, venga al despacho.
CEFE. Donde usted mande. Señorita...
GLOR. (*Muy ceremoniosa.*) Caballero... (*Al iniciar el mutis por el foro, sale por él Paca que, al ver a Ceferino, se queda como puede suponerse.*)
PACA. ¡Madre mía del Rosío! ¿Usté aquí, señorito?
CEFE. (*Comiéndosela con la mirada.*) ¿Eh?
GLOR. (¡Jesús!)
OSCAR. ¡Cómo! ¿Le conoce usted?
PACA. (*Dándose cuenta de la situación.*) No, señor, don Oscar. Usté dispense, señorito; le había confundido con don Celipe, el inspectó del taller de pitiyo.
OSCAR. Ande. Vamos. (*Mutis los dos por el foro y doña Tula por la derecha.*)
PACA. Pero ¿qué es esto?
GLOR. Habla, habla bajo, Paca. Por poquito lo echas todo a rodá.
PACA. Ya lo he visto; pero explícame, niña.
GLOR. Nada: que Seferino se ha hecho pasar ante don Oscar por un carlista furibundo, para que lo emplee en la casa y tener así ocasión de vernos a cada momento.
PACA. ¡Madre mía del Rosío, qué lanse! ¿Y el enano ha picao el ansuelo?
GLOR. Ha picao.
PACA. ¡Bendita sea tu mare, niña, y qué grasia tienes!...
GLOR. ¡Pero por poquito metes la pata!
PACA. ¡Santo Cristo Jesús del Gran Podé, la que se hubiera armao!...
GLOR. Figúrate. Habría que oír a don Oscar.
PACA. ¡Pajolero enano!... ¡Así pudiera yo hacer con él argún día, lo que hise anoche con mi marío!
GLOR. Pues ¿qué hisiste?
PACA. Cobrarme en media hora de todas las palisas que me había dao durante la semana.
GLOR. ¡Mujé!
PACA. El muy porconaso llegó a casa, como siempre, hecho una bodega, en cuatro patas y ha-

siendo er gato. "¡Miau! ¡Miau!" ¡Mardita sea su estampa. Así estuvo plantao a la puerta media hora, levantado er lomo, y sin haber un Dió que le hiciese entrar. A mis insultos contestaba con maullidos mu durses. "Entra, canalla." "¡Miau!" "Entra, ladronaso." "¡Marramamiau!" Viendo que no había medio de haserle entrar, me puse a pasarle la mano por la esparda, diciéndole con cariño: "Vamos, minino, entra, bis... bis..." Y por fin entró, y como si fuera un gato de verdad, el muy ladronaso se frotaba con mis fardas y daba vuertas a mi alrededó, hasta que, ar fin, cayó en tierra. Quiso levantarse, pero er vino no le dejaba. Entonses fué la mía. "¿Conque no te pués levantar, ladrón?, le dije. Pues ahora verás." Y descarsándome, cogí un zapato por la punta y me lié a darle taconasos en la cara y en las manos, que paresía que me habían dao cuerda. "¡Toma, so puerco! ¡Esta por la gofetá que me diste er sábado! ¡Esta por er candelero que me tiraste a la cabeza er lunes! ¡Esta por la palisa que me has dao er día de Nuestra Señora! ¡Y ésta! ¡Y ésta!" Algunas veses estuvo a punto de poder levantarse; pero entonces yo le arreaba un sapataso más fuerte en las narises, que le vorcaba de nuevo, hasta que se rindió y quedó allí tendío sin resistencia, mientras yo le surraba con tanta furia que... mira tú: ¡he tenío que vendarme la muñeca!

GLOR. Pero mujé, ¿cómo hases esas cosas?

PACA. ¿Tú sabes la vía que me da er muy arrastrao? ¡Y que Dió tenga en er mundo a este sinvergüensa y me haya llevao aquel corasón de mi hijo!...

GLOR. Calla, que me parese que viene gente. Ven a mi cuarto. *(Mutis las dos por la izquierda. Pausa. Por el foro, lado contrario al que se fueron don Oscar y Ceferino, salen Daniel Suárez y la criada.)*

CRIA. Pase usted y siéntese. Voy a avisar a don Os-

car. (*Al iniciarse el mutis por la derecha, se encuentra con doña Tula, que sale.*) ¿Está ahí dentro don Oscar?

TULA. Se ha ido ahora mismo al despacho con ese caballero que vino antes.

CRIA. Voy a avisarle. (*Mutis.*)

SUAR. Buenos días, doña Tula.

TULA. Buenos días, señor Suárez. ¿Viene usté a ver a don Oscar?

SUAR. Sí, señora. Tengo argunos negozios con él.

TULA. ¡Ah! ¿Tiene usté negosios con él? ¡Pobresito!

SUAR. ¿Pobrecito? ¿Por qué?

TULA. No, por nada. Ya sabe usté que es una muletilla que tengo.

SUAR. (Paese mentira que este loro oxigenao sea la madre de Gloria.)

TULA. Ya me parese que viene. Sí; ya está aquí.

OSCAR. (*Por el foro, con Ceferino, que está absorto en la contemplación de un pliego.*) ¿De manera que queda usted bien impuesto de sus deberes en el cargo?

CEFE. Sí, señor. (*Leyendo.*) Mañana: de nueve a diez, examen de cuentas; de diez a once, correspondencia...

SUAR. (*Al verle.*) ¡Caramba! ¡Hola, compadre! Me lo encuentro a usté en todas partes...

CEFE. (*Horrorizado.*) Sí... Y yo a usted también.

OSCAR. ¿Se conocen ustedes, a lo que veo?

SUAR. Hemos sido compañeros de cuarto en Marmolejo. Cuando Glorita estaba allí tomando las aguas, ¿sabusté?

OSCAR. (*Fulminando indignación.*) ¿De manera que cuando Gloria estaba allí? ¡Muy bien!

CEFE. (*Desconcertadísimo.*) ¿Y cómo usted por aquí?

SUAR. (*Con burla.*) Me trae un asuntillo... ¿sabusté?, un asuntillo... ¿Usté también habrá venido a argún negosio?

CEFE. (*Con aire retador, recalcando las palabras.*) Sí, señor; aquí me ha traído un asunto que, por fortuna, ya tengo casi resuelto.

TULA. ¡Ay, Jesús del Gran Poder, qué atrevimiento!

CEFE. (*Resueltamente.*) Vaya, señores, ustedes tendrán que hablar; hasta la vista. (*Mutis foro.*)
SUAR. (*Con aire triunfal.*) Vaya usté con Dios, amigo, y que el asunto se arregle del todo.
OSCAR. ¿Qué le parece a usted, doña Tula? ¡Hase visto desvergüenza semejante!
TULA. Calle usted, por Dios, don Oscar, que me he quedao helaíta.
OSCAR. ¿Y se ha marchado sin hacerle sentir la fuerza de mis puños? Por supuesto, que esto no queda así. ¡Gloria!... ¡Gloria!... *(Con voz que es un trueno.)*
SUAR. Yo ziento mucho, zeñores, haber venido a meter la pata... Yo no sabía...
OSCAR. Al contrario. (*Paseando agitadísimo.*) Nos ha hecho usted un favor inmenso. ¡Gloria!... ¡Gloria!...
GLOR. ¿Qué pasa? (*Al ver a Suárez.*) (¡Jesús! ¡Dios nos ampare!)
PACA. ¿Es que hay fuego?
OSCAR. Hay... lo que a usted no le importa. A usted no la he llamado.
PACA. Pero al oír esas voses que paesían una troná, creí que pasaba argo grave; por eso he venío.
OSCAR. Pues váyase, que con usted no va nada.
PACA. Es que yo venía a hablar con doña Tula de un asuntiyo...
OSCAR. Pues ya hablará usted luego. Márchese.
PACA. Luego no podré venir. Esta tarde tengo que ir a la fábrica.
OSCAR. (*Saltando de ira.*) ¡Paca! ¿Quiere usted irse de una vez a hacer... pitillos?
PACA. Sí, señor. No hase farta que se ponga usté así. Ya me voy.
OSCAR. Bien está.
PACA. Y dispensen si he incomodao.
OSCAR. De nada.
PACA. Mi intensión ya saben ustés que siempre es buena...
OSCAR. ¿¡¡Pero no se va usted!!?
PACA. Sí, señor, ya me voy. Queden ustés con Dios.

(¡Pajolero enano! Er día que yo te coja como a mi marío, me van a tener que vendá hasta los tobillos.) (*Mutis.*)

OSCAR. Señorita Gloria, el señor Suárez acaba de descubrirnos, impensadamente, que el caballero que llegó aquí hace poco, y que usted ha visto, caballero que ha afirmado ser hijo de un oficial de los Ejércitos de Don Carlos, coincidió con usted en las aguas de Marmolejo. ¿Es esto cierto?

GLOR. Don Oscar, ¿cómo quiere usted que yo recuerde toda la gente que he visto allí?

TULA. Hija mía, pobrecita, dinos la verdad. Una confesión sincera lava todas las culpas.

OSCAR. Cállese usted, doña Tula. No quisiera pensar, señorita Gloria, que pueda usted ser su cómplice.

GLOR. ¿Qué?

OSCAR. No quisiera pensarlo, he dicho; pero ¡ay!, que por pía que sea mi intención, lo pienso.

GLOR. Pues, señor don Oscar, hasta aquí hemos llegado. Ni usted es mi padre, ni mi tutor, ni tiene usted por qué hablarme en ese tono autoritario. Ni le tolero a usted esta regañina delante de gente extraña.

OSCAR. ¿Cómo se entiende?

TULA. Calla, hija, por Dios; don Oscar lo es todo aquí.

GLOR. Para mí no es nada.

TULA. Todo lo hace por tu bien, hija mía.

SUAR. Señores, yo no sabía que iba a armar este zisco...

GLOR. Pues ya ve usted si lo ha armao.

TULA. Pídele perdón, hija mía.

GLOR. ¿Yo? En eso estoy pensando.

OSCAR. ¡Un momento! ¡¡Método!! Si hablamos todos, no nos entenderemos. (*Pausa.*) Señorita Gloria, acaba usted de hacerse reo del delito de que se le acusaba. No extrañará que, en consecuencia, se tomen con usted medidas enérgicas.

GLOR. ¿El convento, verdad? Pues está usted muy

equivocado. Al convento no vuelvo. Ya volví a él una vez, porque esto era peor que aquello, porque usted me hacía insoportable la vida con su rigor inflexible, porque me tenía usted secuestrada dentro de la casa. Pero ahora ya es distinto. Puede usted tomar la resolución que quiera, pero primero me matan que volver al convento.

OSCAR. ¡Oh! Esto ya no se puede oír. Doña Tula, mi educación me prohibe contestar a su hija en el tono y sentido que merece. Me voy a mi cuarto. Dispénseme usted, señor Suárez.

SUAR. De nada, amigo.

OSCAR. En cuanto a usted, señorita, ya resolveré en consecuencia. (*Mutis derecha.*)

GLOR. Resuelva usted lo que quiera.

TULA. (*Haciendo mutis tras él.*) Don Oscar... Don Oscar... No se ponga usted así. ¡Qué disgusto se ha llevado! ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

SUAR. Poz sí que he armao una juerga reguiá.

GLOR. Sí; ha estao usted oportuno. Cualquiera diría que lo ha hecho aposta.

SUAR. No me diga usted eso ni en broma. Yo no soy capá de eza mala zangre.

GLOR. Pues es mucha casualidá lo que ha ocurrío.

SUAR. ¿Cazualidad? Conforme. Pero zin mala intención por mi parte. Yo no zabía na de ezto. Claro que también lo confiezo a uzté que, de haberlo zabío, zin nezecidad de hacé canallada, hubiera tratao por todos los medios de apartarla a usted de eze gachó.

GLOR. ¿Apartarme de Seferino? ¿Por qué? ¿A usted quién le mete en mis cosas?

SUAR. Me meto yo. Y me meto, lo primero, porque me gusta usted un poquito má de la cuenta, y lo zegundo...

GLOR. Ya se está usted callando, si no quiere que se lo cuente todo a Seferino.

SUAR. ¿Y qué puede usted contarle, criatura?

GLOR. Las entrañas malas que me está usté hasiendo contra él.

SUAR. No me diga usté ezo ni en broma. Yo zoy amigo de miz amigos y por na der mundo le juego yo a un amigo una mala pazá.

GLOR. Pues lo demuestra usté muy poco.

SUAR. ¿Que lo demuestro poco? ¿En qué?

GLOR. En hablarme mal de mi novio.

SUAR. ¿Decirle a uzté que me guzta ez hablarle mal de él? ¡Quite usté allá, criatura! Er. mejó que nadie, zabe que yo zoy un amigo leal... Pero no me amenaze uzté con contárzelo todo a Ceferino, ¿sabusté? Porque a Ceferino no le conviene ponerze a mal conmigo.

GLOR. ¿Por qué rasón?

SUAR. La razón yo me la zé y basta.

GLOR. No. Desir las cosas a medias, no. Hase un rato que no le entiendo. Parese que quiere usté desirme algo y no se atreve...

SUAR. ¿Yo? ¿Qué he de querer desirle a usted?

GLOR. ¿Sabe usted alguna cosa mala de Seferino?

SUAR. Aunque la supiera, no se la diría.

GLOR. Bueno, pues déjeme usted en paz.

SUAR. ¿Ha hablao arguien de guerra, criatura? (*Pausa.*) ¡Ze paza bien en la tertulia de laz de Anguita! ¿No ha estao usté nunca?

GLOR. No, señor. En mi casa no me han dejado nunca asistir a reuniones.

SUAR. Pues es lástima, porque allí se ven muchas cosas. No le vendría a usté mal darse una vuertecita por allí.

GLOR. ¿Para qué?

SUAR. Como dise er Tenorio: "Para salir convensida de lo que es para ignorado".

GLOR. ¿Qué quiere usted decir?

SUAR. Nada malo. Lo que he dicho: que aquello tiene mucho que ver. Como dice uno de los contertulios, en Sevilla sólo hay tres cosas dignas de verse: la Catedral, el Alcázar y el patio de las de Anguita. Claro está que el gachó éze no la conoce a usté; zi no, hubiera dicho que hay cuatro.

GLOR. Muchas grasias. (*Muy seria.*)

SUAR. Pero, guasas aparte, no anda descaminao er que ha dicho ezo, porque esas trez cozaz son las que más llaman la atención a los forasteros. En cuantito llega uno, ya se zabe: al patio de las de Anguita. Allí zon muy bien recibidos; se les lleva en palmitas.

GLOR. (*Nerviosa.*) Sí, ¿eh?

SUAR. Y claro, entre toas aquellas niñas condenadas ar polletón, nunca farta arguna que les pongan loz ojoz melozos. Con los de la casa ya están dezacreditadas, y en cuantito llega uno de fuera, ¡ham!, ze lo comen vivo.

GLOR. Pues sí que debe ser digno de verse ese patio.

SUAR. Sobre todo, hay una niña escurría, la menor de las de Anguita, que no los deja vivir. "Fulanito, el reglamento de la casa nos permite estar juntos un cuartito de hora. Siéntese usté a mi vera." Y pazá er cuarto de hora, y a los tres minutos: "Fulanito, podemos seguir nuestra charla de antes por otro cuarto de hora"... Y de cuarto de hora en cuarto de hora, se paza toda la noche, y la noche de mañana, y la de pazao.

GLOR. ¿Y ellos les hasen cara?

SUAR. Por Dios, criatura, hace farta zer de bronce pa tené ar lao una chiquiya tan meloza y no entuziarzmarze una mijita.

GLOR. Y en ese caso está Seferino, ¿verdad?

SUAR. ¿Dónde va uzté a pará, Gloria? Ni yo he mentao a zu novio, ni zé nada, ¿zabusté? Nada que a él se refiera. Ni aun estando chalaíto por uzté, como lo eztoy, soy yo capá de vendé a un amigo.

GLOR. Ya ha dicho usted demasiado; no quiera volverse atrás, porque ya es tarde. ¡Ah, pillo, sinvergüensa... gallego! Seferino me engaña, ¿verdad? Seferino está en relaciones con la niña ésa, ¿no es así? Dígamelo usted, Danié, dígamelo usted, por lo que más quiera.

SUAR. Ni por lo que yo más quiero en er mundo, que es usté, le digo yo una coza semejante.

GLOR. (*Tomando una resolución.*) ¿Usté dise que me quiere de verdad?

SUAR. Ezo zí lo digo: ¡¡con toa mi arma!!

GLOR. Pues va usted a tené ocasión de demostrármelo.

SUAR. ¿Cómo? Mande usté.

GLOR. Toas las noches, a las onse, viene Seferino a mi reja. Pues bien, si usted me promete desirme tóo lo que sepa, y me jura que no me engaña, esta noche, a las onse menos cuarto, en lugá de resibir a Seferino, le resibiré a usted en mi ventana.

SUAR. ¿A las onse menos cuarto? ¿Y no tendremos bulla?

GLOR. ¿Le da a usted miedo?

SUAR. Ezo no; antes de verla a uzté con eze hombre, que no la merece, me lo juego yo todo. A la once menoz cuarto, estaré en su reja, Gloria, y zi é quiere jarana, zabré zoztené too lo que he dicho.

GLOR. ¿Aunque él le desmienta?

SUAR. No se atreverá, criatura; ya verá uzté cómo paza de largo.

GLOR. (*Casi entre lágrimas.*) ¡Lo que nos vamos a reí entonses! ¡En un minuto me va pagar todo lo que se ha reído de mí!

SUAR. ¡Y con lo jinchao que estaba mi buen gallego!

GLOR. Yo le demostraré que no es tan fácil jugar con una sevillana.

SUAR. ¡Bendita zea uzté y bendita zea doña Tula, que zupo echá ar mundo una criatura tan zalada!

GLOR. De eso ya hablaremos luego. ¿Vendrá usted?

SUAR. A la onze menoz cuarto me tiene uzté pegaíto a la reja.

GLOR. Pues no hablemos más. ¡Hasta la noche, Danié!

SUAR. Hasta la noche, Gloria. (*Gloria hace mutis por la izquierda. Al quedarse solo Daniel echa su consabido chorrito de saliva, se pone el sombrero con mucha flamenquería y dice con calma:*) ¡Zeferino Zanhurho, Requiescan in pace!

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

AL OTRO LADO DEL GUADALQUIVIR

En una meseta que forma la falda de una colina, está situado el Monasterio de San Juan de Aznalfarache. Delante de él hay una especie de terraza, desde donde se divisa un panorama magnífico. En tal paraje se desarrollan los sucesos de este cuadro. Al fondo, en radiante perspectiva, el Guadalquivir, la campiña y Sevilla, llena de luz.

(Por la izquierda salen, por parejas, en este orden: Isabel y Villa, Daniel y Gloria, Don Acisclo y Ceferino. Algo distante, un grupo formado por Joaquinita y Pepita y la de Enríquez, y cerrando marcha Elena, llevando del brazo a su tío Don Mariano, que llega con la lengua fuera.)

ISABEL. Ea, ya llegamos. Creí que el calor nos asfixiaba en el camino, pero todo se consigue con un poco de tenacidad. ¿No es cierto, comandante?

VILLA. *(Muy serio.)* Isabel...

GLOR. *(Riendo a carcajadas exageradas.)* No me diga usté eso, Danié. ¡Ay, este hombre qué ocurrente y qué oportuno es!

DAN. Con parecérselo a usted, me basta. ¡Ay, Gloria!... ¡Lo que yo daría por conseguir una cosa!... Desde que la conozco a usted, confieso toa las semanas y oigo miza todoz loz díaz.

GLOR. Y eso, ¿por qué?

DAN. Pa ponerme a bien con Dio y conquistar... la gloria... *(Gloria se echa a reír, mirando a hurtadillas a Ceferino, que la contempla muy serio.)*

ACIS. Sanjurjo, está usted muy serio.

CEFE. ¡Psch!

ELENA. Vamos, tito, vamos, que no es para tanto...

MARIA. *(Jadeante.)* A... mí... no me... coges más... pa-

ra otra excursionsita... ¡Qué lástima de siesta... que he perdío!...

ISABEL. Venga usted, comandante. *(Subiendo a la especie de azotea a la puerta del Monasterio y sentándose en el antepecho.)* Siéntese a mi lado.

JOAQ. *(Desde la azotea.)* Ceferino, venga usted: mire qué vista más preciosa...

CEFE. *(Sin moverse.)* Ahora voy. *(A don Acisclo.)* Aquer pueblecito es Arcalá de Guadaira, ¿no es eso?

ACIS. Arcalá de Guadaira. Y aquér, Carmona.

ISABEL. *(A Ceferino y don Acisclo.)* Pero suban ustedes. Venga usted, Sanjurjo. Seguramente que no habrá usted visto con frecuencia paisajes más hermosos.

CEFE. Allá voy, Isabel. *(Y se une al grupo de Villa y ella.)* En efecto, es maravilloso. ¡Qué torrente de luz! ¡Ofusca!

ELENA. Vamos, tito, que hay que llevarte a remolque.

MARIA. No puedo más... Yo me muero...

JOAQ. Sanjurjo, muy melancólico está usted hoy...

CEFE. Hay motivos.

ISABEL. Bueno, señores: ya hemos gosado bastante de la vista, que aquí hase mucho calor.

MARIA. ¡Ay!... Grasias a Dios que vamos a un sitio fresquito. *(Entra con su sobrina y otros personajes.)*

JOAQ. ¿No entra usté, Sanjurjo?

CEFE. No; me apetece fumar aquí un pitillo...

JOAQ. ¡Se va usté a quemar vivo!

CEFE. Aquí hace algo de sombra.

ISABEL. Ven tú conmigo, Gloria. Tenemos que reñir.

GLOR. Entonse no voy.

ISABEL. Sí, ven, que te conviene, pamplinosa. *(Entran todos menos Suárez y Ceferino. Al ir a entrar aquél, Ceferino le detiene.)*

CEFE. Una palabra, amigo.

SUAR. ¿Qué se ofrese? *(Pálido.)*

CEFE. Tengo que hablar con usted dos palabritas.

SUAR. Las que usté quiera...

CEFE. Aquí pudieran oírnos. Vamos a retirarnos un poco.

SUAR. Vamos. *(Bajan al centro de la escena.)*

CEFE. Anteanoche, cuando yo iba a hablar, como todas, con Gloria, le encontré a usted en la reja, ocupando mi puesto.

SUAR. No puedo negarlo.

CEFE. Pues quiero decirle que, después de lo pasado, usted comprenderá que necesito matarle.

SUAR. Compare, no comprendo esa nesecidá; pero si usté la ziente, no debía darme aviso, porque ahora va a coztarle una mijita más de trabajo. ¿Zabe uté una coza que estoy penzando?... Que está uté un poquirritiyo... *(Apoyando el dedo índice en la sien.)* No ze ofenda uté.

CEFE. No me ofendo. Sí, loco debo de estar cuando en vez de patearle a usted la cara anteanoche, he aguardado para decirle muy cortésmente que que es usted un canalla. *(Pausa.)*

SUAR. Vamo, uté quiere, por lo vizto, buya.

CEFE. Bulla, no. Quiero matarle a usted. Ya se lo he dicho.

SUAR. E igual, porque yo no he de morir zin un poquito de buya. Pero conzte que yo, cuando le he vizto a uté a la reja con eza niña, no he ido a buzcarle jarana.

CEFE. ¡Hombre, tiene gracia! ¿Y por qué me la había usted de buscar?

SUAR. Puez por la misma razón que uté me la buzca a mí... ¿Es uté el marío de eza joven? ¿Es uté zu padre o zu hermano? Pue entonce, ¿con qué derecho me quiere uté privá de hablá con eya si eya tiene guzto en hacerlo?... ¿A uté le ha guztao zu palmito y zu aquel? También a mí. ¿A uté le han apetecío los cien mil duro de la dote? Lo mizmito me ha sucedío a mí, compare. Llevará el gato al agua el que la niña quiera. Paece que ahora zoy yo. ¿Qué quiere uté hacerle?

CEFE. Se preocupa usted mucho de los duros...

SUAR. ¿Y uté lez ezcupe, compare?

CEFE. ¡No me llame usted compadre!
SUAR. Que no le haga buena tripa el verme a la reja con la niña que uté creía chalaíta, se comprende bien; pero que uté se dizpare de eze modo, vamo, compare (uté dizpense, amigo), me paece a mí... digo que no eztá en lo regulá. La ecena de la reja no ha zido preparada por mí, sino por ella.
CEFE. Permítame usted que lo dude.
SUAR. Uté es mu dueño. Pero zi quiere uté, ze lo preguntamo a ella.
CEFE. ¿A ella? A ella no tengo por qué preguntarle nada. Y puesto que usted no ha querido ofenderme, no tengo más que decirle.
SUAR. Bien está. Con Dio, amigo.
VILLA. *(Que sale del Monasterio y se encuentra en la puerta con Daniel.)* ¿Qué hasen ustedes aquí ar sol?
SUAR. Na. Er zeñó que quería decirme dos palabritas, yo le he dicho a é otras dos. Total, na: gana de perdé er tiempo. Hasta luego. *(Y se entra en el Monasterio.)*
VILLA. *(A Ceferino.)* ¿Han reñío ustedes?
CEFE. Ni pensarlo; pero no quería yo que se riera de mí impunemente y me he desahogado.
VILLA. No haga usté caso, hombre. Eso son achares que le da a usté la monja.
ISABEL. *(Saliendo.)* Comandante.
VILLA. A sus órdenes, Isabel.
ISABEL. ¿A mis órdenes?... ¿Siempre?
VILLA. Siempre. Usté manda en mí como en un recluta.
ISABEL. ¿Qué le parece a usté Sanjurjo? ¿No es para enorgullecerse verse agasajada de esta forma por un hombre tan formal y que vale tanto como el comandante?...
CEFE. Sí; ya veo.
VILLA. Usté dirá qué me manda, Isabel.
ISABEL. Lo primero—y no lo juzgue una impertinencia—porque con usté tengo yo mucha confiansa, ya lo sabe usté...
VILLA. *(Muy serio.)* Isabel...

ISABEL. Bueno, pues lo primero, que me deje usté un momentito para hablar a solas con Sanjurjo.
VILLA. ¿Y después?
ISABEL. Después... que alegre usté un poco la cara, comandante. No me gusta verle tan triste. Si no, voy a entristecerme yo también...
VILLA. No; eso no, Isabel. Procuraré complacerla. En lo primero ya lo hago. Les dejo a ustedes. En lo segundo... lo intentaré.
ISABEL. En seguidita entro yo a reunirme con usted. Tenemos que charlar mucho.
VILLA. Hasta luego entonces. *(Vase.)*
ISABEL. *(Con compasión burlona.)* ¡Pobre comandante!... En er fondo es un chiquillo.
CEFE. ¿Ha hablado usted con Gloria?
ISABEL. Ahora mismito.
CEFE. ¿Y qué?
ISABEL. Por el momento, nada; pero ya verá usté cómo no fué mala idea la de organizar esta jira. Aquí terminan esos monos.
CEFE. ¡Ay, monos!... Bueno, ¿pero ella?
ISABEL. Ella está que rabia de celos. Eso es todo.
CEFE. ¿Celos? Pero ¿por qué causa?
ISABEL. Porque le han dicho que usté está en relaciones con la menor de las de Anguita y que se pasan ustedes las noches hablando en el patio hasta la hora de ir a la reja de Gloria.
CEFE. ¡Qué infamia!... ¿Quién ha podido inventar semejante cosa?... ¿Lo sabe usted?
ISABEL. Me lo figuro.
CEFE. Y yo también. Pero no quedará sin castigo esta canallada.
ISABEL. Déjese usté de melodramas, criatura. Bastante castigo será el suyo y bastante el ridículo en que quedará en cuanto hagan ustedes las paces. Y eso es lo primerito que hay que conseguir. Yo me encargo de ello.
CEFE. Pero ¿y la escena de la reja?
ISABEL. Despecho. Ha cogido al malagueño como instrumento para darle a usté celos. Por lo demás,

entre él y usté, ninguna muchacha puede vacilar.

CEFE. Muchas gracias, Isabel. *(Salen todos del Monasterio. Gloria, con Villa; Daniel, el último.)*

ACIS. Señores, qué diferensia. Cómo se conose que s'ha ido er sol. Ahora ya se respira.

GLOR. ¿Has hablao con él?

ISABEL. Sí.

GLOR. ¿Y qué?

ISABEL. Que debéis haser las pases, pero que en seguida. Si los dos lo estáis deseando.

GLOR. ¿Yo? Al instante. De mí no se ríe ese gallego.

CEFE. *(A Suárez.)* Oiga usted.

SUAR. ¿Otra ve? ¿Qué se ofrece?

CEFE. Estoy enterado de la canallada que usted me ha hecho. Como no soy un asesino, voy a hacerle el honor de batirme con usted.

SUAR. Estimando ese honor, amigo. Pero creo yo que to eso del duelo y los padrinos es una guasa, ¿sabusté? Cuando un hombre le hace a otro mala sangre, no se necesita tanto compá de espera.

CEFE. Pues usted dirá.

SUAR. Ahí abajo, a cien pasos, hay un pradecillo muy ocurto, donde podremo ventilá la cuestión. Allá le espero a uté.

CEFE. Dentro de poco, para no llamar la atención, iré yo.

SUAR. Poz hazta luego.

CEFE. Hasta ahora.

VILLA. Ya me tiene usté aquí, Isabel.

ISABEL. Y que ya le echaba de menos, comandante.

VILLA. ¿De verdad?

ISABEL. De verdad. Ya sabe usté que soy muy sincera.

CEFE. Oye, Gloria...

GLOR. ¿Qué quiere usted?

CEFE. Quiero que no me desesperes. Mira que estoy a punto de hacer una barbaridad.

GLOR. Váyase usted, que pueden regañarle. Fíjese en esa niña, la de Anguita, con qué rabia nos mira.

CEFE. ¿A mí qué me importa? Lo que te han contado

es mentira: una infamia para quitarme tu cariño... ¿Me oyes?... ¿No me contestas?...

GLOR. ¿Tiene usted algo más que desirme?

CEFE. ¡Gloria!

GLOR. ¿No? Pues hasta la vista.

CEFE. Está bien. Te acordarás de lo que has hecho.

GLOR. ¡Bah! *(Le vuelve la espalda. Ceferino, sin que ella lo vea, se va por el mismo sitio que se fué Suárez.)*

ISABEL. *(A Gloria.)* ¿Qué? ¿Habéis hecho ya las pases?

GLOR. En eso estoy pensando. Lo nuestro es para siempre. Que se arregle con la niña ésa, que no ve más que novios por todas partes.

ISABEL. ¡De lo que es capaz una mujer celosa!... Casi de tanto como un hombre enamorado, ¿verdad, comandante?

VILLA. Nadie mejor que yo sabe eso.

ISABEL. Pero no me vaya usté a desir la causa, porque le temo a usté.

MARIA. Bueno, niña, que dentro de poco será de noche. Va llegando el momento de marcharse.

ELENA. Todavía es temprano, tito... ¿Es que piensa usted ya en acostarse?

GLOR. *(Muy intranquila.)* ¿Y Seferino? ¿Dónde está Seferino?

ISABEL. ¿Qué te pasa, mujer?

GLOR. Que no veo a Seferino por parte alguna. Ni ar malagueño tampoco. ¡Ay, Virgen mía, qué presentimiento me ha dao de pronto!

ISABEL. Tranquilízate, mujer. Nada malo habrá pasao.

GLOR. Dios lo quiera.

ISABEL. Villa, ¿quiere usté ir a ver si encuentra a Seferino o al malagueño? No están ninguno de los dos, y Gloria tiene miedo.

VILLA. Pues es verdad que no están. Voy en seguida.

GLOR. ¡Ay, madre mía! ¡Ay, que argo malo le ha pasao a Seferino, me lo da el corasón!...

ISABEL. Vamos, chiquilla, tranquilízate.

GLOR. ¡Ay, que sí, Isabel!... Que yo tengo un corasón muy leal... *(Mirando hacia la izquierda.)* ¡Mira!

(Haciendo mutis despavorida.) ¡Seferino!... ¡Seferino!...

ACIS. *(Yendo hacia la izquierda.)* ¿Eh? ¿Qué es eso?

ISABEL. ¡Le traen en brasos!

MARÍA. ¡Viene herido!

PEPI. ¡Jesús!

JOAQ. ¡Virgen, qué desgrasia!

VILLA. *(Sacando en brazos a Ceferino, ayudado por otros hombres.)* No asustarse, no es nada de cuidado, aunque pudo serlo. La herida es muy poco profunda.

GLOR. ¡Seferino, arma mía! ¿Quién te ha herido, que lo mato yo?

VILLA. Don Justo, un poco de agua.

GLOR. *(Mojando un pañuelo.)* Yo le lavaré la herida. Dí, corasón: ¿quién te ha herido? Ese tío de las patas tuertas, ¿verdad? ¿Dónde está?

VILLA. Huyó en cuanto realizó la hazaña.

CEFE. No te apures, Gloria, no es nada.

GLOR. Pero ¿cómo ha sido?

CEFE. Reñimos. Yo no llevaba armas. Le tenía dominado, vencido... De pronto vi brillar la hoja de una navaja y sentí aquí, en el pecho, la impresión de un alfilerazo. El instinto me hizo soltar a mi enemigo y llevarme las manos a la herida... El aprovechó el momento y echó a correr.

GLOR. ¡Cobarde!... ¡granuja!... Haberte herido a ti ese tío de las patas tuertas.

VILLA. Es poco más de un arañazo. No hay peligro.

ACIS. Le llevaremos hasta er coche.

GLOR. ¿Te duele mucho, mi vida, corasón?

CEFE. No, no es nada. *(Casi a su oído.)* ¿Tú me quieres, verdad, Gloria?

GLOR. ¿No he de quererte? Con toda mi alma, Seferino, chiquillo mío.

CEFE. ¡Pues entonces, bendito el malagueño y bendita esta herida!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

¡CEFERINO, SALVAME!

El zaguán del Convento del Corazón de María en Sevilla. Es un zaguán grande, cuadrado y feo, aunque extremadamente limpio. A la derecha, puerta que conduce a la calle. Al fondo, la de entrada al convento, de roble viejo, labrada como la de las iglesias. A un lado, una ventana sin rejas. Empotrada en la pared, una hornacina con cristal, donde se ve la imagen de la Virgen, a la cual alumbra una lámpara de aceite colgada del techo.

(Aparecen en escena don Oscar y don Alfonso, tipo sacristanesco. Es de día.)

OSCAR. *(Consultando su cronómetro.)* Si los cálculos resultan exactos, ya no deben tardar; transcurridos cinco minutos a lo sumo, llegará el coche.

ALFON. ¿No hubiera sido mejor que usar la fuerza convencerla con razones piadosas de la conveniencia de volver al convento? Ya sabe usted que yo no soy partidario de estos extremos.

OSCAR. Ni yo tampoco, pero en esta ocasión se han hecho imprescindibles. Ese caballerete ha olido los cien mil duros de dote y trata de lograrlos... ¡y eso no, mil veces no!... Bien sabe Nuestro Señor que ni a doña Tula ni a mí nos guían bastardos sentimientos de dinero; nos guía, sí, salvar su alma.

ALFON. ¿Quién puede dudarlo?

OSCAR. Por eso, aun empleando medios violentos, es preciso recluirla en el claustro.

ALFON. *(Mirando por la puerta de la derecha.)* ¿No es aquél el coche?

OSCAR. El mismo. Gracias sean dadas a Dios Nuestro Señor. *(Tirando del cordón de la campanilla. Instantáneamente se abre la puerta del convento.)*

ALFON. ¿No habrá escándalo?

OSCAR. No; es sólo un paso. Del coche aquí. *(Se oye el*

ruido de un coche que se detiene y las voces de Gloria y don Manuel.)

GLOR. ¡Suértenme, infames, suértenme!

MAN. ¡Sométase, señorita, sométase!

GLOR. ¡Nunca!... ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Soco...! *(Se comprende que la tapan la boca, y fuertemente sujeta por don Manuel y otro hombre entra en escena.)* ¡Miserables!... ¡Desalmaos!... ¿Por qué queréis encerrarme?

OSCAR. ¡Sea razonable, Gloria!...

GLOR. ¡Ah, don Oscar!... ¡Maldito!... ¡Maldito!...

OSCAR. *(Enérgico, haciendo un ademán a don Manuel.)* ¡Ea, acabemos! *(Don Manuel y el otro conducen a Gloria a la puerta del convento.)*

GLOR. ¡No! ¡Canallas!... ¡Sortarme! ¡Sortarme! *(Por la derecha, con el traje y el pelo en desorden, sudoroso, jadeante, entra Ceferino, que se interpone en la puerta revólver en mano.)*

CEFE. ¡Alto, bandidos! ¿Adónde llevan ustedes a esa señorita?

OSCAR. ¡El!

MAN. *(Enérgico, sin alzar la voz.)* ¿Y a usted qué le importa?

CEFE. *(Dando voces desaforadas, con el objeto de atraer gente de la calle.)* ¡Me importa!

GLOR. *(Tratando inútilmente de zafarse de los que la sujetan.)* ¡Seferino, sárvame!...

CEFE. Me importa y mucho. Ustedes llevan a esa joven secuestrada. Ustedes son unos secuestradores... *(Gritando aún más.)* Suelten ustedes a esa joven, tunantes... *(Comienzan a salir algunos curiosos.)*

OSCAR. ¡No grite usted tanto, hombre!

CEFE. *(Con voz campanuda.)* ¡Ah, no quieren ustedes que se sepa!... ¡Pues yo sí!... ¡No pasarán ustedes, canallas, miserables!...; he venido yo corriendo detrás del coche como un perro para impedirlo. *(Salen muchos más curiosos.)*

MAN. ¡Calle usted, hombre, calle usted!

CEFE. ¡¡¡Quiero gritaaaar!!! No estamos ya en los tiempos en que se emparedaba a la gente. ¡La

Inquisición se ha suprimido en España hace mucho tiempo! *(El zaguán se ha ido llenando de curiosos.)*

UNO. ¡Bien!

OTRO. ¡Eso está güeno!

OTRO. ¡Tiene rasón el hombre!

MAN. *(Saltando sobre él y sujetándole el brazo con que blande el revólver.)* ¡Vaya! ¡Esto se acabó!

CEFE. ¡Ah, canalla!

GLOR. ¡Cuidado, Seferino!

CABA. *(Sujetando a don Manuel por los hombros y obligándole a soltar el brazo de Ceferino.)* ¡Aquí no se hacen canalladas! ¡Deje usted que vengan los guardias!

VARIOS. Mi bien dicho.

GLOR. *(Corriendo al lado de Ceferino.)* ¡Dame el revólver, que yo lo mato!

ALGU. ¡Bravo!

UNO. ¡Olé por la niña con sangre!

ALFON. ¡Jesús, qué escándalo!

PACA. *(Jadeante como Ceferino, se abre paso entre el grupo de curiosos y dice a grito:)* ¡Eso! ¡Eso! *(Dirigiéndose a un grupo.)* Estos desalmados quieren enchequerar á la pobresita de mi niña. Y toa la culpa la tiene ese pajolero enano que ustedes ven ahí *(Por don Oscar.)*, que tiene pacto con el demonio.

OSCAR. Mire usted lo que dice, Paca.

PACA. *(Alzando los brazos al cielo.)* ¿No hay justicia en Sevilla? ¿Pa cuándo se deja la horca?

OSCAR. ¡¡Paca!!

PACA. *(A otro grupo de curiosos.)* ¡Por unos cuantos reales, esos arrastraos sirven de verdugos al pajolero enano, que quiere para él la pasta y que tiene cegaíta a la señora!... *(Sale una pareja de guardias.)*

GUAR. ¿Qué pasa?... ¿Qué escándalo es este?

GLOR. Esos bandidos que quieren enserrarme.

CEFE. Esos secuestradores, que, contra su voluntad, pretenden...

PACA. Mire usted, señor guardia: Que quieren secues-

trá y meté a monja a mi niña, y ella no quiere.

OSCAR. Que cumpliendo la voluntad de su madre, recluímos a esta joven en este colegio... *(Todos los personajes, incluso los curiosos, hablan a un tiempo, formando una algarabía infernal, que dura varios segundos. Los guardias no saben a quién atender. Don Oscar, con los brazos extendidos, trata inútilmente de imponer su autoridad.)*

OSCAR. ¡¡Método!! ¡¡Método!! *(La algarabía continúa. Por fin, haciendo caso omiso de los guardias, los personajes forman grupos, contando el hecho en voz menos alta, que permite entender lo que dice Paca con estentóreos gritos a un grupo de curiosos.)*

PACA. La quieren emparedá pa comerse la guita, ¿saben ustedes? Mi señorita es rica, y ese pajolero enano se quiere enguyí los millones que le ha dejao mi señorito. A la fuersa la quién meté monja..., pero ella no quiere, ¿saben ustedes? Le gusta ese señorito porque es buen moso y tiene buen aquel... ¡Porque sí, vamo!, y se casará con él..., vaya si se casará... ¡Y el enano reventará de rabia, que yo he de verlo!

GUAR. ¡¡Silencio!! ¡Vengan todos con nosotros a la Inspección!

OSCAR. ¿Detenidos? ¿No comprende usted, guardia, que el escándalo...? *(Sigue hablando.)*

GLOR. ¡Grasias, Seferino de mi arma, tú me has salvao! Esos canallas... *(Sigue hablando en voz alta.)*

CEFE. ¡Bien!... Allí se explicará todo, porque el móvil de este secuestro es una herencia que ese hombre... *(Sigue hablando en voz alta.)*

ALFON. Ya le decía a usted, don Oscar, que había que evitar el escándalo, porque ahora la gente pensará y juzgará a su modo... *(Sigue hablando.)*

MAN. Yo no he hecho, guardia, más que cumplir el mandato de la madre de esta joven... *(Sigue.)*

PACA. *(A los curiosos.)* Ya en otra ocasión la quisieron haser monja, pa quedarse con los millo-

nes del padre; y el pajolero enano, que es er que manda en la casa, porque doña Tula ya está medio chiflá...

TELÓN

CUADRO TERCERO

EN QUE PARO LA HERMANA SAN SULPICIO

El locutorio del convento o colegio del Corazón de María, en Vergara. Al fondo, la reja. Tras ella, en una oscuridad bastante acentuada, el resto de la estancia, con puerta en el centro. A su lado, una pila de agua bendita.

(Por la derecha sale la hermana lega seguida de Ceferino y Gloria.)

GLOR. Y dígame, ¿sigue de superiora en el convento la madre Saint-Just?

HERM. Sí, señora; la misma.

GLOR. ¿Quiere tener la bondad de decirle que una señora desea verla?

HERM. Al momento. Siéntense ustedes, si quieren. *(Mutis izquierda.)*

CEFE. Ea, ya se te logró el capricho.

GLOR. Es verdad.

CEFE. De vuelta de nuestro viaje de novios, aquí estamos en el colegio de Vergara a visitar a tus antiguas compañeras y educandas.

GLOR. Sí; ¡qué felises somos!, ¿verdad, Seferino? ¡Trabajiyo nos ha costao el lograrlo!... Sobre todo convensé a mamá y a don Oscar...

CEFE. El maldito enano, como dice Paca. ¡Bah!... En cuanto se vió amenazado por el proceso de secuestro y malos tratos, se sometió a todo. *(Se oyen lejanas las voces de unas niñas que juegan y cantan.)*

GLOR. ¿Oyes, Seferino? Son las niñas, que están en recreatión.

CEFE. ¿No te apetece ir a jugar a los aros o al volante?

GLOR. Un poquito, no creas. *(Por la puerta del foro aparece la superiora, hermana Saint-Just. Es una monja flacucha, de unos cuarenta años de edad. Habla con marcado acento francés, y en sus labios se dibuja constantemente una sonrisa que más parece mueca. Al entrar, toma agua bendita y se santigua. Al verla, Gloria va hacia la celosía y dice:)* La grasia del Espíritu Santo sea con vuestra reverensia. *(La monja la mira sorprendida por el saludo sólo usual, por lo visto, en el convento.)*

S.-JUST. Sea siempre con ella, señora. No tengo el gusto...

GLOR. ¿No se acuerda de la hermana San Sulpicio?

S.-JUST. ¡Ah!... ¡Ah!... La hermana Saint-Sulpice, la andaluza. ¿Quién había de pensar?... Y eso que ya sabía que no estaba en el convento.

GLOR. Me he separado del camino que llevaba, sólo por saludar a ustedes.

S.-JUST. Muy agradecida... Aunque nosotras no merecemos... *(Mira a Ceferino con curiosidad, pero nunca se dirige a él.)* ¿Sigue usted tan alegre y bulliciosa como antes?

GLOR. Lo mismo, madre. Eso es nativo en mí.

S.-JUST. Desde luego. *(Gloria ríe francamente; la monja de manera forzada. Pausa.)* Vaya, vaya con la hermana Saint-Sulpice...

GLOR. Dígame vuestra reverencia. ¿Y la hermana San Onofre?

S.-JUST. Bien, muy bien.

GLOR. ¡Lo que la hice sufrir cuando estuve aquí! Ella que le gusta tanto el orden...

S.-JUST. ¡Oh, sí! Y usted tan ligerilla...

GLOR. ¿Y la hermana María del Socorro? ¿Y María del Amparo?

S.-JUST. María del Amparo está en Burdeos. La hermana María del Socorro sigue aquí. ¿Quiere usted verlas?

GLOR. ¡Oh, ya lo creo! Si he venido a eso.

S.-JUST. Pues espérese un momento. Voy a buscarlas. *(Y desaparece por la puertecilla del coro.)*

GLOR. ¿Qué te ha parecido la superiora?

CEFE. No me ha sido simpática... Tiene una sonrisa demasiado amable... poco sincera... ¡Lo que veo es que has dejado aquí una fama de loca...

GLOR. Sí, nunca me juzgaron con bastante vocación y seso para ser monja... *(Vuelve a salir la hermana Saint-Just, acompañada de las hermanas San Onofre, María del Socorro y dos monjas más.)*

GLOR. *(Repitiendo el saludo.)* La grasia del Espíritu Santo sea siempre con vuestras reverensias.

S. ONO. Sea siempre con usted.

M. SOC. Por siempre.

GLOR. He venido sólo por verlas... ¿Cómo sigue, hermana San Onofre?

S. ONO. Ya me ve: bien, por la gracia de Dios.

GLOR. ¿Y usted, hermana María del Socorro?

M. SOC. Muy bien... *(Pausa. Todas miran a Ceferino con curiosidad y sonríen forzadamente. Se nota que están violentas, nerviosas.)*

S.-JUST. ¡Vaya con la hermana Saint-Sulpice!... ¡Y qué admiración me causa verla con traje seglar!...

S. ONO. Sí... Y a mí...

M. SOC. Y a todas... *(Pausa.)*

S.-JUST. Lo que nos tenemos reído con la hermana Saint-Sulpice, con sus bromas...

S. ONO. Sí... siempre fué tan alegre...

M. SOC. ¡Ay, qué hermana! *(Ceferino está nervioso por lo desairado de su situación. Las monjas sonríen forzadamente y siguen mirando a Ceferino con disimulada curiosidad. Gloria, que acaba también por ponerse nerviosa, dice de pronto.)*

GLOR. ¿No saben vuestras caridades que me he casao?... *(Todas las hermanas rompen a reír.)*

S. ONO. ¡Ay, qué hermana!

S.-JUST. ¡Siempre de tan buen humor!

GLOR. Sí, madre, me he casao hará un mes y tres días con este buen moso que ustedes ven delante. *(Poniéndose triste.)* No tiene más que un de-

fecto, y es, que es gallego... Pero no lo parese, ¿verdad?

M. SOC. *(Riendo.)* ¡Qué hermana!

S. ONO. ¡Qué gracia tiene!

M. SOC. ¡Pero no dice que se ha casado!

S.-JUST. ¡Lo que no se le ocurre a ella!...

GLOR. *(Muy nerviosa.)* ¿Qué?... ¿No quieren vuestras caridades creerlo? Pues ahora mismito se van a convenser. *(Abrazándose a Ceferino y besándole repetidas veces en las mejillas.)* ¡Rico mío! ¿No es verdad que eres mi maridito? *(Beso.)* ¿No es verdad que soy tu mujercita? *(Beso.)* ¿No es verdad que estamos casaos? *(Beso.)* ¡Di, corasón! *(Beso.)* ¡Di, vidita!... *(Varios besos.)*

S.-JUST. ¡Oh, qué escándalo!

S. ONO. ¡Qué atrevimiento!

M. SOC. ¡Qué falta de prudencia!

S.-JUST. ¡Vámonos, vámonos! *(La hermana Saint-Just corre las cortinas de las rejas. Tras de ellas sigue oyéndose el rumor de las monjas que se alejan, comentando el hecho escandalizadas.)*

CEFE. ¡Chica, qué loca eres!... ¿A quién se le ocurre?

GLOR. Perdona, hijo. *(Riendo.)* Me estaban poniendo nerviosa. Tan bien sabían que éramos casaos, como el cura que nos echó la bendisión. *(Y mientras inician el mutis, cogidos del brazo, cae el*

TELÓN

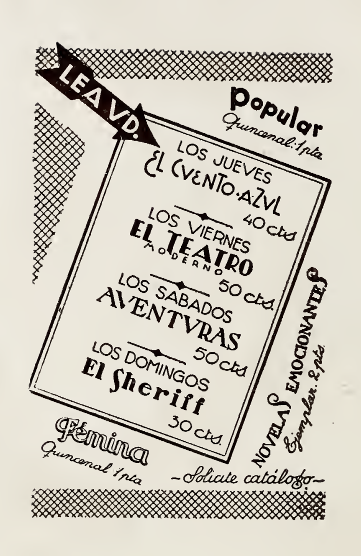
PRONTO

La Novela Famosa

¡ALARDE EDITORIAL!

Las mejores novelas del mundo, en tomos de 250 a 300 páginas, lujosamente editadas al precio de

¡UNA peseta!



Imprenta Sáez Hermanos.—Madrid.
Martín de los Heros, 61.—Tel. 36327.